

Francisco Bitar

TEORÍA Y PRÁCTICA



Lectulandia

La pareja de Elisa y Reno tiene los días contados: mientras se esfuerzan por seguir juntos, crece la fuerza que los conduce a la separación. Dos adolescentes sueñan con hacer un viaje en auto, pero al terminar el colegio todo lo sólido se desvanece. Un hombre recorre la casa que habitó veinte años atrás y se lo relata en vivo a su exmujer. Tomás acaba de ser padre, Erica está divorciada, y la atracción que sienten entre ellos parece salvarlos del fin del mundo.

Escritos con un estilo propio y despojado, los relatos de Francisco Bitar son directos y emocionales y tienen el poder de transitar por lugares profundos, a veces desoladores. Sus personajes, treintañeros a los que les cuesta madurar, pierden el equilibrio de sus vidas y lo restablecen con lo que encuentran a mano.

En Teoría y práctica, Bitar expresa con tono poético conflictos que erosionan la individualidad, el amor, la amistad y la vida cotidiana. Los derroteros de una generación pero también el tiempo errático de la autonomía están narrados desde el corazón de los hechos.

Lectulandia

Francisco Bitar

Teoría y práctica

ePub r1.0

Titivillus 19-11-2018

Título original: *Teoría y práctica*

Francisco Bitar, 2018

Ilustración de la cubierta: *La raíz de la ligereza*, Federico Calandria

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com

A Sonia y su mamá.

Teoría

1.

La historia tiene un solo comienzo pero, al menos, tantos finales como involucrados hay en ella.

* * *

Por involucrados entendemos: aquellos personajes (o personas) transformados directamente por la acción. Y cuando hablamos de transformación nos referimos a un cambio tanto interior como externo.

Es mediante la historia que dichos personajes (o personas) dieron con un plano verdadero pero por entonces todavía oculto de su personalidad, aunque para hacerlo debieran destruir a otra persona.

* * *

No hablamos por ejemplo de la amiga de Elisa que le confió el número de Reno como técnico de computación por hablar poco y cobrar barato. Personajes como este determinan, de alguna manera, a los protagonistas, pero aquí ni siquiera tienen un nombre.

No: si ampliamos la influencia de la acción al más remoto de los anillos concéntricos, corremos el riesgo de incluir al mundo.

* * *

Toda historia, en sus consecuencias, compromete al mundo entero.

2.

Los protagonistas son dos: Elisa y Reno, y, en menor grado de importancia, el primer amor de Elisa, alguien que dará con su nombre más adelante y por una coincidencia algo extraña, como toda coincidencia. Y si bien la historia se construye a partir del punto en que los tres se cruzan —otra coincidencia—, terminará exactamente en el punto donde el lazo entre ellos se desintegra.

* * *

En un principio, entonces, ambos, Elisa y Reno, tienen la misma edad, y la tendrán a lo largo de la historia.

La misma edad: treinta y dos años. Incluso él es cuatro meses mayor. Sin embargo, cuando se conocen, Elisa ya es una mujer pero Reno no es un hombre todavía.

* * *

Esos meses de diferencia, aunque se trate de una diferencia mínima, juegan en contra de Reno, le ha explicado Elisa a manera de una gracia.

Él nació en enero, el mes de la dispersión y el descanso, y esa fue la primera imagen que recibió del mundo.

Ella, en cambio, nació a fines de mayo, en épocas de recogimiento y reflexión, por eso es que se ha recibido de profesora en artes y hace años que da clases en la escuela secundaria.

* * *

Reno no entiende el chiste o, en todo caso, no se ríe. Ella no se molesta por repetirlo; no es la inteligencia el rasgo de él que le ha interesado. Es solo que Reno, con sus cautelosas pero constantes apariciones, no ha permitido que ella lo olvidara.

* * *

Con todo, no es suficiente, y ambos lo saben.

Elisa continúa con su vida de siempre como si nada, o muy poco, hubiera cambiado.

De los dos, será Reno quien tendrá que hacer algo para quedarse con ella.

3.

Como primera medida, Reno debe conseguir un trabajo que lo ponga en pie de igualdad.

Sin título habilitante ni taller donde trabajar, la changa de arreglar computadoras se hace espaciada y mal paga. Por otro lado, él prefiere pensar que ese trabajo forma parte de lo que ahora llama «mi pasado», una época amarga que, en poco tiempo, supone, quedará definitivamente atrás.

Reno se pone a pasear los perros del barrio en el que vive con su madre.

* * *

Es un barrio alejado, lo que supone un sacrificio no menor: al comienzo del día, si es que ha pasado la noche en casa de Elisa, Reno debe cruzar la ciudad de ida para

llegar al trabajo; al cabo de un largo día, debe cruzar la ciudad de vuelta para estar con ella.

Ahora Reno se levanta temprano y se afeita al ras. En ocasiones, cuando durmieron juntos, lava las prendas usadas el día anterior, las de él y las de ella, en un mismo lavarropas. Se toma esa libertad.

4.

Elisa debe tomar cartas en el asunto. Lo hace de modo silencioso. Piensa.

No sabe si confiar en el cambio, tan repentino como se presenta: teme que la apatía, que parece evaporada, permanezca oculta en el fondo de Reno a la espera del momento justo para saltar otra vez al mando.

Al fin y al cabo, así ocurrió también con otros novios: el celoso curado que volvió a perseguirla; el infiel curado que volvió a engañarla.

* * *

Y, aunque no fuera así, aunque efectivamente Reno se hubiera decidido por otra vida, ¿qué hay de ese vuelco absoluto en su carácter? ¿No resulta un poco extraño que de golpe todos sus hábitos sean otros?

5.

Cuando no está paseando perros, Reno pasa tanto tiempo como puede en el departamento de Elisa. En promedio, quizá duerma ahí una de cada dos noches.

Tal vez *dormir* sea un término exagerado, y no por el hecho de que se vean obligados a compartir una cama simple. Reno se sacude, gruñe como un oso, empapa las sábanas de transpiración.

Se levanta fresco y lleno de energía.

* * *

También están los beneficios, hay que admitirlo. Reno cocina, implementa mejoras en la *notebook* de Elisa. Ahora la computadora está en perfectas condiciones y es posible que sus propias habilidades informáticas, las de Elisa, hayan mejorado, incluso sin que ella lo note.

Con todo, los límites están claros. Él no tiene una llave, lo que significa que no se queda en la casa mientras ella no está.

6.

Si el negocio de los perros marcha tan bien, es porque el barrio donde Reno vive y trabaja se asemeja a un gran geriátrico, con un perro guardián en cada casa: los viejos no están en condiciones de sacar sus perros a pasear, y un perro que no sale, que no gasta energías, es un perro que no duerme.

Tendrías que verlo, le dice Reno. Antes el barrio parecía una zona embrujada, con lobos aullándose unos a otros.

Yo los convertí en perros, dice Reno con una sonrisa. Yo espanté los fantasmas. Ella lo mira.

* * *

¿Qué tipo de comerciante, aunque exitoso, sería Reno, el paseador de perros?

Seguramente uno con el auto siempre sucio y desordenado, con el celular en su funda de cuerina colgando del cinto.

Alguien que abandonó una carrera universitaria, alguien que trabaja en una camioneta y usa pantalón de buzo.

En definitiva, alguien que ha cambiado las costumbres de quien vive en la ciudad por las costumbres de quien vive en el campo.

7.

Así y todo, si ella discriminara los aspectos positivos de los negativos, es posible que prevalezca el lado bueno. Pero son especulaciones: Elisa no está dispuesta a hacer el cálculo. Llegar al amor por vía lógica sería como bailar pensando en los pies.

* * *

Como era de prever, Elisa ha entrado en zona conocida.

Siempre que en una relación amorosa alcanza, podríamos decir, la hora de la verdad, ella recuerda a su primer amor.

Es posible que los años hayan envuelto las cosas con su aura mítica, pero Elisa lo ve todavía, a la distancia, como un chico seguro de sí mismo, lo que le permitía mostrarse ante el mundo como alguien tranquilo y solitario. Lo mejor que tuvo y, por desgracia, el primero: la relación estaba destinada a la ruptura, ellos debían probar el mundo.

Sin embargo, la conexión iba más allá de lo evidente: él la llamó cuando Elisa perdió a su madre; ella lo llamó cuando él armaba la valija para irse lejos.

8.

Con una parte cubierta por el dinero ahorrado y otra a pagar en cuotas, Reno compra una *Traffic* destartada y unas jaulas de gallinero donde, apilados, irán los perros. Elisa no pone un centavo.

Durante el primer paseo, y a pesar del esmero que Reno ha puesto en la limpieza (pulverizó la caja de la *Traffic* con una hidrolavadora y colgó un pino verde del retrovisor), el olor a excremento de gallina se deja sentir cada vez que frenan en los semáforos y el aire de atrás pasa adelante.

Para Reno es el perfume de la victoria; Elisa puede notarlo en el gesto bonachón con que cede el paso, volcando un costado sobre el inmenso volante como si se apoyara sobre la barra para pedir una cerveza sin alcohol.

Van sentados uno junto al otro, mirando el resto del tráfico desde arriba.

Acaso por esa diferencia en los niveles de visión, él la llama mi reina.

* * *

Ahora Reno sale antes de la primera claridad y emprende la ronda de trabajo. Las calles están despejadas todavía y si por casualidad se encuentran dos vehículos en un cruce, ambos con las luces bajas encendidas, los dos estarán dispuestos a esperar una eternidad hasta que el otro se decida a avanzar. Es por esto que Reno puede beber su café sin detener la marcha, directamente desde el termo de acero que dejó preparado la noche anterior.

Una hora después, Reno está en el parque Garay junto al lago de aguas verdes, donde espera que los perros vayan y vengan antes de darles el balanceado. La vieja setter se desploma al pie de una tipa. El galgo corre en libertad solo porque los dos ovejeros, fieles a un llamado ancestral, han trazado el círculo imaginario del que Reno es el centro: cuidan al rebaño.

Él, Reno, se pone un pasto largo en la boca, arroja un palo al aire, evita que se muerdan.

Los devuelve a casa, cansados y contentos.

9.

La vida es buena con él: Reno es capaz de pagar su propia casa y piensa hacerlo.

A esta altura, por mucho que Elisa se esfuerce, las excusas para evitar la convivencia parecen agotadas. Y ocurre algo nuevo, algo que incide sobre la historia a la manera de una acción de giro.

¿Por qué no te venís a casa?, propone.

* * *

Es en este punto que Elisa siente el cambio, algo así como un reflujo en las mareas del útero.

Primer amor ha despertado, se dice ella.

Primer amor se ha puesto en marcha.

10.

Ella no puede dormir.

El viento agita la jirafa metálica del semáforo y la luz cambiante, que flota a la altura de su ventana, tiembla también en el interior del dormitorio.

Una moto de explosiones graves toma una y otra vez por su calle. Y cada vez que pasa frente a la puerta, acelera.

* * *

Está explicando técnicas de encuadernación a los chicos de primer año. No le dedicará demasiado al tema, por lo que se considera satisfecha si logran apenas un cuadernillo, una hoja doblada al medio con dos ganchos en el pliegue.

De vuelta del recreo, uno de los chicos aparece con un cuaderno de tapas verdes, el color preferido de Elisa, y hojas ahuesadas, prolijamente cocidas con un hilo que, entre los entendidos, llaman carmesí.

Es un regalo, dice el chico.

En la primera página, luego de las hojas de guarda, hay un sello con su nombre.

* * *

Está soplando el humo de su taza de té en dirección a la ventana.

Es la hora en que los autos prenden los faros que iluminarán la calle hasta llegar a casa, menos por precaución que por contagio.

Reno no ha vuelto todavía y el departamento está en silencio.

Cuando los vidrios empiezan a empañarse, de arriba hacia abajo, aparece, justo delante de Elisa, el mensaje:

* * *

Antes de que Reno vuelva, Elisa abre la ventana para borrar las letras con el aire nuevo.

* * *

Elisa y Reno van al cine.

Es Elisa quien eligió la película, por lo que se trata de una sala antigua, con pocos espectadores.

Sin embargo, aunque sobran butacas, un hombre encorvado y de sombrero se sienta delante de ella. Reno protesta pero el otro no se da por aludido. De hecho, se acomoda aparatosamente en su lugar una y otra vez.

Cuando las luces se atenúan y se enciende la pantalla, suena el celular de Reno. Elisa lo mira con desaprobación y él sale a la calle.

Es en ese momento que el viejo se da vuelta. A pesar del sombrero y del efecto de contraluz, ella alcanza a reconocerlo: Álvaro.

Es así como el primer amor de Elisa recibe su nombre en esta historia.

* * *

Cuando Reno vuelve, el viejo sale.

Voy al baño, dice ella, pero, una vez afuera, no hay nadie en el *hall* ni en la calle, donde se ha asomado hasta dar vuelta a la esquina.

Al entrar, ya sin esperanzas, nota una sombra en el piso del baño de mujeres.

Elisa y Álvaro hacen el amor, ahí mismo, con urgencia y ferocidad.

11.

De aquí en más, esta será su manera de hacer el amor: en los baños, con rapidez y violencia.

* * *

Álvaro se hace pasar por un padre y entra a la escuela: ahí está el baño de profesores.

Álvaro la sigue hasta el centro comercial, simula atender unos folletos exhibidos en la vidriera de una empresa de turismo pero, finalmente, la intercepta: ahí está el baño para clientes.

Álvaro muestra su entrada y accede al recital en las canchas de fútbol del campo universitario. En el límite, atrás del último arco, han dispuesto una pared de baños químicos, barrera que todo el mundo supera para mear junto al lago. Por primera vez desde su reencuentro, Elisa y Álvaro hacen el amor bajo las estrellas.

12.

Por supuesto, al cabo de unas semanas, se impone el sueño de una vida juntos. Lo conversan en los vestuarios, después de pasar por los baños del club Banco Provincia.

Estamos lejos de una casa, dice ella.

Sentados en un banco de madera e inclinados hacia delante, es como si estuvieran en el entretiempo de un partido. Un partido en el que van perdiendo.

Por qué estamos lejos, quiere saber él.

Andamos en moto, dice Elisa. Si por lo menos tuviéramos un auto. Un auto es lo más parecido a una casa.

Él la mira.

Es el tipo de lugar que viene justo antes de una casa, agrega ella.

Acompañame, dice Álvaro poniéndose en marcha.

Nos pueden ver, dice Elisa, aunque sin detenerse, camino a la moto.

Tengo un casco para vos, le dice él.

* * *

Dormir, duermo en mi carpa, dice Álvaro.

Elisa está descorazonada.

¿Qué carpa?, pregunta.

No importa cuál sea la dirección: mire donde mire, ella no ve otra cosa que un descampado cubierto de yuyos altos.

Una tipo iglú, responde él, una carpa que arma todas las noches antes de acostarse y desarma cada mañana con la primera claridad. La disimula entre las pilas de leña del vecino.

¿Y el colchón?

No hay colchón. Él ha supervisado el terreno y conoce las zonas blandas.

¿Y las frazadas?

No hay frazadas. Álvaro calienta el interior de la carpa con el ir y venir de su propia respiración.

Comer, come lo que encuentra por la calle, en los tachos de los parques, en los contenedores del centro comercial. Están los árboles frutales, de cuyo relevamiento él se ha ocupado: moreras, cítricos, parras. Se llena de comida los domingos, el día en que la gente desperdicia una mayor cantidad de alimentos, y empieza la semana con un pico de energía. Ella se asombraría de la cantidad de comida que descarta la gente.

¿Y el terreno? ¿No teme que lo echen?

Acá es donde vamos a vivir, dice Álvaro.

El terreno será nuestro.

13.

Elisa hace el amor al menos dos veces por día, con dos hombres distintos.

* * *

Es un tiempo de plenitud, la mejor época de su cuerpo, que coincide con la llegada de la primavera.

Ella toma tres duchas diarias.

Con la primera, queda limpia para Álvaro.

Con la segunda, queda limpia para Reno.

La tercera es para ella, para entrar limpia en la cama.

* * *

Con Álvaro lo hace por placer.

Con Reno —quien pregunta qué le pasa, la siente lejos— lo hace para calmar sus sospechas.

Ya pensará cómo resolver el asunto.

Por supuesto, los hechos se anticipan a su decisión.

* * *

Más allá del anticipo, algunos días de frío se entreveran todavía en el florecer de la primavera. Elisa los detesta y hace como si no existieran: usa vestidos livianos y anda con el pelo recogido.

Reno, en cambio, sube la llama de la calefacción, que ha quedado en piloto.

Es así que una noche se imponen los efectos del choque entre temperaturas, resultado de la condensación, es decir, del agua en estado gaseoso, que, invisible en el aire pero presente al fin, forma minúsculas gotas al entrar en contacto con el vidrio frío.

* * *

¿Quién está en la ciudad?, pregunta Reno de frente a la ventana empañada.

Nadie, dice ella borrando con la mano, aunque tarde, las palabras del vidrio.

Elisa, exclama Reno.

Yo, dice ella. Yo estoy en la ciudad, ¿no?

No, dice él. No es tu letra.

14.

Reno toma distancia. Ya no cocina ni habla del trabajo durante la cena, si es que comen al mismo tiempo.

Ella no lo sabía hasta ahora, pero Reno traía vida a la casa.

* * *

Tampoco se agita al dormir, lo que extraña a Elisa. A lo mejor, piensa ella, sueño y vigilia son para Reno mundos opuestos: cuando todo está bien en la realidad, él se agita en sueños. Y a la inversa.

Por supuesto, esa no es la razón, ella lo entiende una noche en que demora en dormirse: si Reno ya no se revuelve en la cama, si ya no gime y transpira, es porque espera un tiempo prudente y, cuando supone que Elisa está dormida, llora en silencio.

* * *

Reno ha llamado a la escuela para preguntar si Elisa fue a trabajar estos últimos días.

Cómo vas a hacer eso, dice Elisa una vez de vuelta en casa.

Ese es mi lugar de trabajo, agrega.

Quería saber, dice Reno.

¿Y? ¿Qué te dijeron?, suelta ella a la manera de un reproche.

Que no habías faltado un solo día, responde él mirando el piso, que ni siquiera habías llegado tarde.

No lo vuelvas a hacer, ordena ella. Nunca más llames a mi trabajo.

Perdoname, dice él. Y agrega:

Nunca antes había estado frente a una separación. Es posible que haga cosas raras.

* * *

En pocos días, la ciudad se ha convertido en su campo de acción, le ha confesado a Elisa. No tiene nadie más a quien contárselo y necesita hablar con alguien.

Cuenta que se ha fijado en los colectivos de la línea que ella suele usar, aunque, para tomar contacto con su ruta, debiera desviarse del camino que lo lleva hasta el parque.

Reno pasa por la terminal de micros y atiende a las despedidas, se demora en la puerta de los teatros, mira los bancos de plaza, pensados para una capacidad de dos personas adultas.

Sin importar la hora, sale a ver cuando un motor late más de lo necesario en la puerta de casa.

* * *

Esta madrugada ella sigue desde la ventana su trayecto hasta la *Traffic*. Reno ya no lleva su termo de café ni se preocupa por cambiarse de ropa. Su barba está larga de nuevo. Se ha puesto las zapatillas de un pisotón, sin desatarlas.

Se trata de una versión de Reno que ella no conocía y no tenía por qué conocer. No tiene nada que ver con el chico apático que entró a casa en un principio para arreglar su computadora.

Es la fase que se deja ver una única vez en un hombre, justo antes del final de una relación.

Es ahora, en este mismo punto, que, si no se resistiera, Elisa podría amarlo.

Pero la acción está lanzada hacia delante y no hay nada que pueda detenerla.

La fuerza que lanzará la flecha hacia delante

1.

El tiempo no pasa para todo el mundo de la misma manera.

* * *

En un principio, sin embargo, o, en todo caso, hacia el último año de la escuela secundaria, es decir, poco antes del principio, las vidas de Zindo y Gafuri están acompasadas.

Más allá de la insospechada cantidad de años que tomará en cada caso, ambos se sienten ya hombres y cada uno encuentra en el otro el modo de convalidar su propia condición.

En todo caso, también sus mayores transitaron el camino hacia la madurez refrendando los antiguos rituales de un colegial. Como ellos, como *sus mayores*, Zindo y Gafuri se sientan al fondo del aula en bancos contiguos, se duermen de madrugada en la casa de alguno de ellos, salen con chicas y dejan de hacerlo en simultáneo.

Así las cosas, el tiempo no hace más que pasar y pasar, aunque con un rumbo definido.

* * *

Una noche, mientras beben en la estación de servicio, compran un mapa y piden una birome, que el playero se saca de atrás de la oreja. Era un modo de imprimirle color a la borrachera, pero poco después una cicatriz en tinta negra cruza el país en dirección este-oeste.

Al final de la noche, Zindo clava el mapa en la pared, encima de su cama, y ambos lo miran desde su colchón hasta dormirse.

* * *

No viajarán a dedo. Hace tiempo que Zindo maneja y ahora, llegada la primavera, tiene además la edad reglamentaria para hacerlo. Cada tanto aparece por la escuela con el 504 de su tío, con quien vive, y quien además le presta el Peugeot por tiempo indeterminado a causa de su creciente ceguera.

En días como ese, Zindo y Gafuri tiran los guardapolvos en el asiento de atrás, se ponen los lentes de sol y conducen hasta el playón de CILSA, donde Gafuri recibe clases de manejo.

* * *

Según lo conversado, hay algo en ellos que sin duda pertenece a la órbita del mundo adulto: el momento en que cada uno fue capaz de dejar atrás los vínculos sanguíneos para formar una familia propia junto a un amigo.

Dedican horas a hablar del hecho de ser hijos únicos, con madres ausentes, y de la penosa circunstancia de vivir con un hombre mayor: Zindo, con su tío, que casi ciego se dedica a cuidar el jardín, y Gafuri, con su padre, que desde la puerta de casa mira pasar los autos hundido en el silencio, como si habitara un edificio vacío con una sola ventana en lo alto.

* * *

Han decidido que no formarán familia con mujeres.

Tarde o temprano, las mujeres exigen vocación para el noviazgo y, con eso, plantan la semilla de los hijos. Las chicas, en cambio, ofrecen posibilidades de abundancia y, sobre todo, de experiencia.

Aun así, ninguno de ellos parece a la altura de la consigna. Zindo es haragán y, en el fondo, un poco tímido a la hora de tomar la iniciativa. Gafuri, por su parte, va y viene con Irina, una chica un año menor, a quien finalmente abandona ante la inminencia del año en libertad.

2.

Pero el primer año en libertad termina siendo el primer año universitario: Gafuri decide utilizar su opción secreta de viajar a Rosario, donde se ha inscrito en la carrera de Odontología sin confesárselo a su amigo.

Es posible que los mejores recuerdos que Gafuri alberga sean recuerdos de consultorio. Su padre ya no habla, pero Gafuri interpreta que, en su lejanía, esto es lo que desea: antes de que la madre enfermara, su padre tomaba las visitas a los consultorios como una ocasión social. Sacaba charla a las secretarias y hablaba con los médicos acerca de los lugares convenientes para la temporada de pesca.

Ahora Gafuri vive a dos pasos de la facultad, en una casita de una sola habitación, con una sola silla y una única mesa. Comparte el lugar con Nando, un compañero de colegio a quien tanto Zindo como Gafuri apenas si registraban.

* * *

Como era de prever, la convivencia está lejos de ser ideal.

Cuando no está sentado en el inodoro, Nando ocupa la silla bajo pretexto de ser él quien la trajo. Ahora Gafuri reconoce su importancia y se pregunta qué posibilidades tendrá de avanzar en el estudio sin una silla donde sentarse.

En la casita pasa el tiempo parado o acostado. A la hora de cursar, es el primero en sentarse y el último en abandonar su asiento.

* * *

En lo que respecta a la posibilidad de hacer amigos y conocer chicas, las perspectivas son igual de desalentadoras. Los chicos y chicas que viven desde siempre en Rosario tratan a los extranjeros con una indiferencia polar, y los estudiantes del interior, lo mismo que Nando, se visten con ropa de misa y se sonrojan al hablar. Gafuri se pregunta si no constituyen su única posibilidad de ampliar un mundo todavía ajeno y se responde que si fuera así, si no quedara otra opción que relacionarse con chicos de provincia, preferiría quedarse solo por mucho que vaya a durar su estadía en la nueva ciudad.

* * *

Es cuando se hace de noche, a la hora en que cierran las puertas de la facultad y él recorre las inmediaciones del edificio, que Gafuri se entrena en el arte de estar solo. Al pasar junto al interurbano que toma por la avenida y llega a su ciudad, se obliga a agachar la cabeza; al pasar junto a las cabinas telefónicas, debe vencer la tentación de entrar y llamar: se sabe de memoria un número y se lo recita a sí mismo, al punto que cada vez que piensa en Irina, antes que el nombre, viene a su mente la posibilidad de llamarla.

Empieza a hacer frío y es por eso que crece el poder de las luces de los autos, y que el efecto del encandilamiento sigue ahí, rayando sus párpados, cuando vuelve a casa y se mete en la cama.

3.

Hacia mediados del primer año, entiende que el estudio representa su único consuelo: Gafuri se hunde en los libros, y las relaciones que teje, con hilo débil, opaco, se desprenden de su reclusión.

Se sabe el nombre del chico de la fotocopidora, con quien conversa dos palabras entre cliente y cliente; se sabe el nombre de la bibliotecaria, una mujer adulta y algo interesante, que lo trata con simpatía pero que, a causa de su trabajo, está obligada a guardar silencio.

* * *

Aunque lo haga sin brillar, este modo de estabilizar su situación con lo poco que tiene a mano lo lleva a regularizar todas las materias del primer cuatrimestre, todo un

logro para alguien que nunca se imaginó estudiando la composición de un diente y los factores de amenaza.

La sensación llega a embriagarlo: este puede ser el comienzo del gobierno de sí mismo. La única manera de saberlo será llevar el plan hasta las últimas consecuencias.

Esta es la fuerza que lanzará la flecha hacia delante.

* * *

Zindo, según le ha confesado a su amigo, todavía se acuesta de madrugada y se levanta al mediodía. Como hasta hace un año, pasa sus tardes en la peatonal y los parques, fumando cigarrillos doblados que compró de uno en uno y guardó en su pantalón. Si bien sabe perfectamente que ya no es un adolescente, Zindo ha encontrado un nuevo motivo para vagabundear: está enamorado.

* * *

Por más que las diferencias empiezan a asomar, es decir, por más que el significado del tiempo hubiera cambiado en cada caso, los encuentros, que suceden cada vez que Gafuri vuelve a Santa Fe, significan un descanso: para Zindo, de su vida reposada; para Gafuri, del rigor que él mismo se ha impuesto.

Pero las visitas, a fines de ese primer año universitario, empiezan a espaciarse. Una noche en que Gafuri ha tomado el volante del 504 de vuelta de la playa y Zindo escupe cada tanto en dirección a la laguna, Gafuri le dice a su amigo que es momento de preparar los exámenes finales y que deberán esperar hasta el verano para volver a verse. El comentario toma por sorpresa a Zindo, que entrando la cabeza al auto deja volar el viento en el interior del 504 y después dice comprender.

Por supuesto, hay algo más: Gafuri siente que su vida, la de alguien decidido a terminar una carrera universitaria, carece de significado para Zindo. También está cansado de escucharlo hablar de ese amor desesperado.

4.

Al año siguiente, sin que lo hubiera procurado, también Gafuri conoce a una chica. Ha ocurrido de una manera previsible: formaron grupos de trabajo en Odontología Social con el fin observar las prácticas de estudiantes avanzados y, después de tomar nota de las conclusiones, pidieron unas cervezas en la cantina.

Cintia sabe cómo llevar de inmediato la conversación a un terreno donde Gafuri se siente cómodo, donde puede hablar en serio o ser gracioso según prefiera. Es atractiva, aunque de un modo clásico, y ha nacido y vivido toda su vida en Rosario, lo que hace que Gafuri se sienta afortunado, elegido.

Es recién para esta época, con un año de demora, que Irina, su exnovia, deja de representar una posibilidad: su figura abandona el presente para instalarse en el recuerdo.

La de Gafuri con Cintia es una relación cordial y correspondida. Ella y él están en lugares parecidos: tienen una misma percepción del tiempo.

* * *

Para abril, Gafuri rinde la última materia de primer año. Y cuando la tanda de exámenes termina y es capaz de volver a ver su presente con claridad, se encuentra con que ya no lo desconciertan las noches, el momento del día que, hasta hace poco, debía sortear acostándose temprano y tratando de no pensar. Ahora tiene novia y, casi sin quererlo, se aprende el nombre de las calles más allá de los bulevares.

* * *

Para este segundo año, Nando vuelve a Santa Fe: su futuro está lejos de los libros y lejos también de cualquier esfuerzo que comporte alguna singularidad.

Su parte del alquiler es cubierta por Cintia, aunque no mediante una suma pactada, sino por una contribución indirecta, compartiendo sus materiales de estudio y llenando la heladera de Gafuri: el dinero, para ella, no es un problema. Está apenas obligada a volver a la casa de sus padres noche de por medio para salvar las apariencias.

* * *

Su nueva residencia, la de Cintia, parece, sin embargo, definitiva: fue ella quien se encargó de juntar el juego de camas simples, puso sus botellas de *shampoo* junto al zócalo sucio del baño y trajo cuatro sillas para devolver la mesa a la vida. Por lo demás, cuando debe dar un teléfono al pie de los recibos de pago, ofrece el número de la casita de Gafuri, algo que él no toma con naturalidad sino con euforia.

Pero ¿de dónde viene esta urgencia de estar con una chica? ¿O debería decir *una mujer*?

5.

Una noche, cuando ambos están metidos en la cama, suena el teléfono. Cintia corre hasta la sala y levanta el tubo antes del segundo timbre, convencida de que escuchará del otro lado la voz furiosa de su padre.

No se entiende, dice un poco al auricular y otro poco a su novio, que se le ha unido. Entonces cubre el tubo:

Zindo, ¿puede ser?, pregunta. Está borracho.

No estoy, dice Gafuri con los labios, sin voz.

La noche siguiente ocurre lo mismo.

* * *

La tercera noche han tomado el recaudo de desconectar el teléfono antes de meterse en la cama. Pero, para asombro de ambos, suena el timbre.

Gafuri no necesita abrir para saber de quién se trata: reconoce a Zindo por el latido del 504 todavía en marcha y por el ritmo mortuorio de las balizas, cuyo pulso lumínico pasa por debajo de la puerta.

Te estoy pasando a buscar, dice Zindo, vamos a hacer ese viaje al oeste.

Gafuri se dice que Zindo está, por lo menos, borracho.

Todo ha salido mal, en opinión de Zindo, desde el momento en que olvidaron el viaje. Hacerlo es la única forma de que la vida vuelva a ordenarse, de restablecer el equilibrio.

Por cada silencio que hay entre ambos, se escucha un tema de Los Dalton desde el pasacassette del auto, una banda que Gafuri no escucha al menos hace dos años, cuando probó derrapes por última vez en el playón de CILSA o cuando el sueño lo venció por última vez en el piso, en casa de Zindo.

Tengo que rendir unos finales, miente Gafuri.

Son unos días solamente, aclara Zindo. Podés traerte los libros.

Gafuri dice que haber llegado hasta ahí significa demasiado, y con eso sugiere que le apena decirle que no irá.

Traté de llamarte, dice Zindo, pero me atendía una mujer.

En ese momento, un pie de Cintia sale del campo duro de la casa y entra en el campo amortiguado por las luces del auto.

6.

A partir de esa noche, Zindo y Gafuri pierden contacto.

El tiempo, para Gafuri, se acelera, en el sentido de que la rutina pasa al frente y hay grandes bloques de su vida que pueden sintetizarse en dos palabras: estudiar y rendir.

El deslumbramiento que supuso aquel segundo año en Rosario, cuando asumió las condiciones de su nueva vida, va perdiendo fuerza con el correr de los meses, como si la boca de un túnel quedara atrás y en algún punto del avance dejara de alumbrar el camino.

Ahora Gafuri avanza con impulso pero sin tracción y espera que, con los meses, la luz vuelva a mostrarle el camino desde el otro lado.

* * *

Y tiempo después el camino se aclara, si es que todo cambio, cualquiera sea su carácter, proyecta su luz. Gafuri termina de cursar en tiempo récord, hace las prácticas en un dispensario y no tarda en recibirse. El siguiente cuatrimestre también Cintia recibe su diploma.

Por supuesto, ofrecen una fiesta.

* * *

Gafuri conoce la necesidad de ciertos invitados de demostrar interés, sobre todo cuando deben justificar su presencia. Para ello ha preparado una batería de respuestas.

Si le preguntan cuál fue el motivo por el que apuró su carrera, responde que estaba cansado de pedir dinero prestado para el alquiler y que quería que su padre, antes de morir, lo viera diplomado, aunque no sabe con certeza cuál es su estado de salud y hace un año que cubre los gastos de la casa con lo que obtiene por trabajos particulares derivados del dispensario.

* * *

La asistencia está repartida entre los amigos de Cintia del colegio secundario, que no superan en número a los demás pero que son más ruidosos, algunos compañeros de la facultad, el padre de Cintia y un amigo del padre, quienes beben *whisky*.

¿Cuál de estos invitados viene del lado de Gafuri? ¿Cuál de todos ellos no estaría en la fiesta si no fuera por él?

Está el otro ayudante de Anatomía II, impedido de cerrar la boca a causa de sus dientes delanteros, y está Echagüe, un alumno de esa misma comisión, alguien pulcro y arreglado. Ambos pasan la noche hablando del cursado.

Son hombres a quienes Gafuri no sabe si volverá a ver mañana o nunca, y no llega a darse cuenta si eso importa.

* * *

Entre todos ellos, nadie, ni siquiera Cintia, sabe ni sabrá el verdadero motivo de su apuro. Lo que pretendía Gafuri era que su gran esfuerzo pagara en la realidad permitiéndole cambiar de vida.

Su profesión es nada más que un instrumento.

* * *

Mientras termina de emborracharse en la vereda, mirando desde afuera la casita que funcionó como centro de operaciones, Gafuri lo entiende: cada vez que su vida pida un cambio, recordará su época dorada, cuando todos los caminos estaban abiertos.

7.

Y el título de odontólogo como herramienta de transformación personal parece entrar en acción de inmediato, aunque de una forma que pone en guardia a Gafuri.

El padre de Cintia, médico, sugiere que empiecen a trabajar juntos durante las mañanas en su propio consultorio. Gafuri dice que lo pensarán, pero su suegro necesita una respuesta inmediata, antes de renovar el alquiler al psiquiatra, alguien que no usa delantal y que mancha la fama de todo el complejo con su pelo largo y su aspecto roto.

Es la decisión correcta, declara su suegro luego de cerrar el acuerdo y de quedar a solas con Gafuri.

Un matrimonio es también una sociedad, agrega.

Y el caso es que esta reacción parece imponer un modo de funcionamiento.

De aquí en más, por cada iniciativa que Gafuri se proponga, su suegro ofrecerá una alternativa con el pretexto de mejorar las condiciones de vida de él y de Cintia.

* * *

Gafuri ha conseguido un trabajo en Victoria destinado a examinar las dentaduras del ganado y así optimizar la alimentación y el pastoreo. Pero, al mismo tiempo, su suegro hace lugar por la tarde en el consultorio con el fin de que su yerno produzca prótesis para bocas humanas: ahora Gafuri, que siempre odió el trabajo de prótesis, siente que hace horas extras.

Gafuri tiene planes para Semana Santa. Llevará a Cintia a Cayastá, a conocer las ruinas de la primera capital, y a disfrutar del río y las cabañas. Acaso puedan salir a pescar juntos. Cintia está impaciente. El suegro, sin embargo, dice que los llevará a las sierras de Córdoba, que irán al teatro de revistas y al cine. Pero la fecha llega y las reservas no fueron hechas. Pasan el fin de semana en Rosario.

Gafuri está a punto de comprar un Dodge 1500, en su opinión un auto con personalidad, con el que ambos, él y Cintia, podrían hacer honor a los primeros años de trabajo duro sin saltarse ninguna etapa.

¿Un Dodge 1500? No voy a dejar que mi hija llegue al consultorio en una cafetera, dice su suegro, y al día siguiente aparece con la llave de un compacto.

8.

Es en el compacto que, por primera vez en años, Gafuri viaja a Santa Fe. Aunque la necesidad se le ha impuesto, no ha dado todavía con el motivo real de este viaje más allá de algún beneficio secundario, como el de evitar los planes de fin de semana

de su novia y su suegro. En todo caso, Gafuri lo hace pasar como un gesto de clemencia hacia su propio padre, explica a Cintia, ya viejo y solo.

* * *

Quise comprar un Dodge 1500, dice Gafuri a su padre durante la visita.

Buen auto, dice el padre de Gafuri sin moverse un milímetro de su sillón de tiras ni dejar de mirar la calle a favor de la mano.

Pero mi suegro nos compró un compacto, agrega Gafuri.

Buen auto, repite el padre.

* * *

Si le hubiera dicho que manejaba un tronco con ruedas, me hubiera dicho *buen auto*, le dice a Nando esa misma noche. Su compañero de casa en Rosario está increíblemente pelado y, al mismo tiempo, lampiño, como si su cabeza pero también su cara fueran inhabitables.

Pero no es un tronco, es un compacto, agrega Gafuri.

Me quedo con el tronco, dice Nando.

Gafuri había olvidado su manera de reírse, con los ojos hinchados y los colmillos a la vista. Gafuri sonrío de un solo lado pero se pregunta qué puede saber de autos este peatón.

La charla va de tema en tema, según la habilidad de Gafuri para desviarla: quien habla, en realidad, es Nando. A Gafuri no le importa, solamente ha buscado en Nando una excusa para beber.

Por suerte, pasado un rato, la conversación se detiene y Gafuri puede emborracharse en paz, atento al movimiento de la calle, donde los autos pasan a una velocidad superlenta y chicos y chicas van y vienen con sus bebidas en envases descartables; la ciudad, por detrás, pone hasta tal punto un fondo ideal a esta noche, que el hielo para los tragos, como en un iglú, podría picarse desde las paredes.

¿Quién entre todos estos hombres y mujeres que vienen y van podría intersectarlo hoy y desviar su rumbo? ¿Quién estaría abierto a las posibilidades? ¿Quién, en fin, podría provocar con su aparición lo que llamamos una peripecia?

Por lo menos a tu compacto le va mejor que al 504 de Zindo, suelta Nando.

* * *

Nando vuelve a mostrar sus colmillos como si con eso tomara revancha por daños históricos.

Hace no mucho tiempo, dos semanas atrás, calcula, remolcaron el viejo 504 hasta la casa del tío de Zindo.

No es que el tío hubiera preguntado por Zindo, dice Nando en un tono que se propone ser irónico.

Lo encontraron los del seguro y lo mandaron de vuelta, agrega.

¿Desde dónde?, pregunta Gafuri.

San Juan.

El oeste, suelta Gafuri.

Ahí estaba San Juan la última vez que me fijé en un mapa, dice Nando. Hacía siete años que habían dado por perdido el auto.

¿Y Zindo?, pregunta Gafuri.

Estamos hablando del 504, dice Nando. ¿A quién le importa Zindo?

* * *

Después de lo dicho, flota un silencio denso, que podría durar para siempre: no será Nando quien ponga la cuota necesaria de sensatez para dar por terminada la reunión. Pero tampoco Gafuri, que sigue colgado de la historia, alcanza a decir algo. Por suerte la moza intercede: están plegando las sillas y ya apagaron las heladeras, lo que puede comprobarse en la figura, ahora oscura, del barman.

Eh, Gafuri, no te hagas el dormido, dice Nando.

Hay que pagar.

* * *

El camino hasta la casa de Nando no es largo, como no lo es ninguna distancia en Santa Fe. Con todo, ni uno ni el otro hace lo posible por aligerar el tramo. Nando eructa en silencio y cabecea contra la ventanilla. Gafuri mira la calle sin pestañear.

Ya estamos, dice al llegar y, para que no queden dudas, baja el vidrio de Nando desde el botón.

Nando despierta sobresaltado y mira la ventanilla como si el vidrio tuviera la culpa.

Un tronco con ruedas, dice al bajar del auto.

Yo me quedo con el tronco, agrega.

9.

Ahora Gafuri da vueltas en la cama hasta escuchar los primeros vehículos con sus motores gruesos, conducidos por hombres dedicados al trabajo duro. Antes de que llegue el turno de los motores suaves, entre los que estará también el compacto, Gafuri duerme unos minutos.

Con el paso de los días, cuando sabe de antemano que será inútil tratar de conciliar el sueño, se levanta y fuma en la cocina atento a la llama del calefón, que se agita con el viento.

Por último, renuncia a dormir; decide que lo mejor es abastecerse de alcohol a la espera de la noche.

* * *

Con la llegada del calor, Gafuri cambia la llama del piloto por las estrellas. Borracho en el patio, se imagina la vida de su viejo amigo: perdido en la noche, caminando por la banquina, usando las zapatillas de almohada.

* * *

¿Qué podría contarle él, Gafuri, si se vieran ahora mismo, si, como aquella noche, Zindo pusiera las balizas y detuviera su auto frente a la puerta? ¿Qué podría decirle Gafuri que Zindo no supiera de antemano?

Después de siete años, Gafuri sigue con la misma mujer, vive en la misma casa y se dedica a lo mismo que entonces. Desearía, al menos, poder decirle que tuvo problemas en la carrera, incluso que abandonó la facultad.

Desearía que en algún plano de su vida prevaleciera el lado salvaje.

Por supuesto, no le diría que tienen un auto cuando ese auto es un compacto.

* * *

En su defensa, puede decir que, como van las cosas, Gafuri tendrá, en el futuro, acceso a su propio auto mientras el compacto quedará en manos de su mujer.

Zindo, por su parte, apenas tendrá hoy dónde caerse muerto.

Zindo, se convence Gafuri, es un fracasado, aunque, debe confesarlo, no un fracasado del tipo que termina jugando ajedrez rápido en las plazas.

Es un fracasado que ha elegido la vida que lleva.

* * *

No importa que al día siguiente haya que trabajar; Gafuri es capaz de quedarse hasta la madrugada sin otro pasatiempo que oír, mientras bebe, las voces excitadas de chicos y chicas camino a bares y kioscos.

A través del portón o por encima del tapial que linda con el mundo exterior, la música irregular de zapatos de plataforma llena el pasaje de la casita. Se escuchan también los motores preparados y la cumbia en movimiento y, una vez que los autos se alejan, los pasos leves de un chico que, a un costado, deja caer la colilla en la canaleta, justo a la altura del agua servida de su casa.

Ninguno de esos sonidos suena aislado en el oído profundo de Gafuri.

Todos esos sonidos forman juntos el llamado de la noche.

De este lado del mundo es un verano turbio y ventoso, de esos que tiran abajo los conos de señalización, agitan los árboles encima del agua ensuciando las piscinas y propagan incendios a velocidades increíbles.

Aparte de un paréntesis blanco que corresponde al horario del consultorio, ahora Gafuri está expuesto a las inclemencias del tiempo: va y viene del trabajo a pie.

* * *

¿Cómo sería un verano brutal como este sin otra cosa para seguir vivo más que su propio cuerpo?

Gafuri lo pone en práctica. Hace uso de las finas sombras proyectadas a mediodía por la línea de la construcción. Aprende a diferenciar, mediante el tacto, el tipo de ladrillo que irradia calor y diseña un camino para evitar esas paredes. Entra a los bares a pedir vasos grandes de agua, en lo posible, con hielo.

Gafuri se ha convertido en un mendigo.

* * *

Un día decide trabajar sin aire acondicionado y transpira encima de los pacientes.

Al día siguiente trabaja sin luz eléctrica. A modo de argumento, le explica al primer paciente que hasta no hace mucho el trabajo del dentista estaba a cargo del peluquero y que el torno funcionaba a pedal. Su campo de acción se limitaba a unos pocos arreglos, extracciones parciales o totales. Nadie se moría por eso.

El paciente huye del consultorio. Gafuri cuelga el delantal y baja por la avenida en dirección al río, donde pondrá sus pies en remojo.

Un río, vale decirlo, cargado, a punto de estallar.

* * *

En cambio, miles de kilómetros al norte, el clima es diametralmente opuesto. Tal como ocurre en Rosario, las calles están desiertas. Según las noticias, apenas alcanzan a verse, al noreste de Estados Unidos, algunos camiones que descargan mercadería y retropalas municipales que intentan abrirse paso. Las ciudades de la zona, en lo que hace a su capacidad de cobijar gente en los interiores, funcionan al tope de sus posibilidades. Con todos sus ocupantes y algunos visitantes extra, los edificios pesan hoy más que nunca.

* * *

Sin embargo, en Nueva York hay veintinueve vagabundos muertos, un número que alarma a los habitantes y no solamente por la posibilidad de morir de frío, sin casa y en soledad.

En Nueva York, al parecer, el hecho de ser un croto no equivale a una deshonra; al contrario, es el resultado de una decisión tomada en libertad: los habitantes de Nueva York viven la muerte de sus vagabundos como una gran pérdida, propia de los peligros que entraña ser un hombre libre.

* * *

Es que cualquier ciudad que se precie de tal, dice Gafuri con el noticiero de fondo, ama a sus vagabundos.

Los vagabundos son lo que sobra, dice el suegro, que ha puesto los antebrazos a cada lado del plato. No ayudará con la mesa: él es el invitado.

Papá, dice Cintia.

Pero sobran del lado de adentro, agrega el suegro.

Si sobraran, razona Gafuri, no habría motivos para no eliminarlos. Por definición, lo que sobra es prescindible.

En este caso, lo que sobra resulta útil, dice el suegro. Es la manera de advertir a todo el mundo sobre las consecuencias de abandonar el trabajo.

O puede funcionar de inspiración, dice Gafuri en voz casi inaudible, dirigiéndose al televisor.

¿Por eso es que volviste al torno a pedal?, suelta el suegro. ¿Querés terminar como un croto?

* * *

Camino a la puerta, el suegro parece olvidar aquella regla de discreción que otras veces lo llevó a apartarse al momento de dejar las cosas en claro.

A partir de mañana volvemos a la normalidad, Gafuri, ordena el suegro, aunque, después de todo, el tono parece afable.

Agrega:

Te espera una montaña de bocas destartaladas para moldear y una montaña equivalente de dientes postizos por construir.

Gafuri ha dicho algo que no se escucha porque, al mismo tiempo, su suegro desactiva la alarma de la camioneta con un golpe de bocina. En el horizonte, la tormenta parece eludir la ciudad para cambiar las cosas en otra parte.

Ponémelo en vereda a este croto, dice el suegro y le da un beso breve, en los labios, a su hija.

En ese momento pasa un grupo de tres chicas que, cada una a su turno, miran a Gafuri por debajo de sus flequillos.

Sin dirigirle la palabra a su yerno, el suegro sube a la camioneta y acelera. Llegando a la esquina, se pone a la par de las chicas y demora más de lo necesario en doblar.

Tiene razón, dice Gafuri luego de que él y Cintia han visto desaparecer la camioneta.

Voy a echarle nafta al auto.

Mi ciruja, dice Cintia y vuelve a casa.

Gafuri elige una estación de servicio al norte de la ciudad, llena el tanque y sigue camino.

Cruza luces que relampaguean, nubes densas de humo industrial, aliviadores tendidos sobre cauces desbordantes.

11.

Gafuri se aparta de la ruta provincial número 11 a la altura de Sauce Viejo, pasa junto a la chimenea de la fábrica de alimento para mascotas y rodea la casa por el cobertizo donde el tío de Zindo guardaba las herramientas de jardinería.

Está claro que la preocupación por el jardín sigue presente aunque el estilo de mantenimiento no sea el mismo: antes, el tío de Zindo segaba cada hierba que sobresalía por fuera de la línea; ahora el cuidado es libre o aparenta serlo, tendiente, en todo caso, a lograr un efecto de desborde controlado.

Los cítricos siguen fuertes y firmes, lo mismo que las azaleas y la fila de hortensias que hacen de cerco contra el alambrado del vecino. Hay un tacho de chapa con agua pura de la lluvia reciente, una pava de fogón, dos agujeros en un balde viejo y dado vuelta. Nada de esto estaba acá hace diez años.

Gafuri alcanza a verlo todo con las luces bajas del compacto, que dejó encendidas a sus espaldas. También dejó la puerta del conductor abierta: no sabe muy bien qué es lo que hace en la vieja casa de Zindo y es posible que, de un momento a otro, se decida a sentarse otra vez al volante y vuelva por donde vino.

Pero al cabo del rodeo, del otro lado de la casa, hay un enorme animal dormido. Es el bulto de un auto agazapado bajo un cubrelanchas.

* * *

La casa se interpuso entre su posición y las luces encendidas del compacto, de modo que Gafuri espera un momento antes de dar el próximo paso. No es noche de luna llena, pero lo que hay, una luna achatada por un lado como una tapita enterrada a medias, ayudará.

No hace falta llave: el 504 ya no tiene la pestaña plateada que servía para abrir, sino dos agujeros contiguos. Gafuri posa dedos índice y medio y tira.

Lo primero que alcanza a ver adentro es el volante y la butaca del conductor reducidos a su esqueleto. Sobre el asiento, hay una pila de madera húmeda y terciada que Gafuri corre a la butaca del acompañante, con lo que quedan expuestos los

resortes oxidados. A un costado, sin embargo, el asiento del acompañante está más o menos entero, lo mismo que la parte trasera de la cabina.

Gafuri entra. Por debajo de sus pies la chapa del chasis esta agujereada. No hay manera de hacer andar la radio. No está el mapa en el interior de la guantera. El asiento está en la posición en que Zindo lo usaba: tan atrás como resulta posible, para hacer pensar a quien lo viera que iba como flotando, más allá de cualquier asunto humano. Gafuri se tiende, estira los brazos.

Es como si le dijera a Zindo: hacia allá atrás, hasta donde puede verse por este parabrisas sin vidrio, la ruta traza su última curva antes de entrar al resplandor de la ciudad.

En esa dirección, la llanura es tan sostenida que los autos, en su avance, parecen a punto de cambiar de estado: de viajar bajo las estrellas a moverse entre ellas.

En ese lugar estamos nosotros.

Eso, para mí, fue Santa Fe.

Siempre hay explosiones a lo lejos

1.

Lo que nos trae hasta el lugar. El lugar como unidad. La unidad como conjunto discreto de elementos.

En la discreción —y en la manera de aplicarla: la medida— estará la clave del relato.

* * *

¿Qué clase de lugar será este donde el relato debe ser capaz de avanzar, de desplegarse, sin verse obligado a dar cuenta de un número exagerado de accidentes?

Es decir, ¿qué clase de lugar supone, por el solo hecho de existir, una cantidad restringida de personajes, climas, objetos?

La respuesta es: la casa. Imposible perderse en una casa.

* * *

Una casa puede contener al hombre en una buena o una mala racha.

Es posible también que el hombre atravesase una época neutra cuando todos en la familia, contando al propio hombre, están sanos, con un trabajo regular y en lento crecimiento.

Pero también esta etapa de la vida, la etapa neutra, suele identificarse con una buena racha cuando llegan los malos tiempos.

Resultado: solo la mala racha es identificable.

* * *

Estamos entonces en una mala racha: parece difícil que el hombre logre salir adelante.

Se ha mudado hace poco. Para hacerlo, no recurrió a ningún tipo de auxilio, lo que significa: no recibió ayuda de sus amigos. Con seguridad hubieran acudido al llamado, al menos alguno de ellos. Y es aquí donde reside la gravedad del asunto, al menos en este plano: el hombre no quiere verlos, no quiere saber nada con sus amigos, con sus viejos amigos.

Es posible que se hubiera luxado el hombro al bajar el ropero, cuando el peón lo dejó caer desde la camioneta sin aviso previo. Ese dolor vuelve por las noches, en los intentos por conciliar el sueño, cuando el hombre gira hacia el costado y abraza la almohada.

Pero sobrevivirá a la luxación. Más le preocupan las cajas sin abrir, evidencia de que la mudanza, en lugar de depararle algún consuelo, no hace otra cosa que devolverlo al pasado, a lo que parecía una época neutra pero era en realidad una buena racha, en definitiva, a una época feliz.

* * *

Ante semejante panorama, la sensación predominante en este último tiempo, el peligro, crece: si el hombre no sale adelante, esta fase será la última. Al fin y al cabo, ya no es un chico.

* * *

Como se ve, todo está dado para que la historia dé un giro, para que suene el timbre o el teléfono o para que llegue a su casilla el correo de la mujer que, casi veinte años atrás, vivió con él en esta misma casa.

Pero hacer foco en la vida del hombre, el personaje, postergando la historia de la casa, sería desviarnos de lo fundamental.

* * *

Replanteemos, entonces, el escenario: tomemos una casa en particular y un período estricto, y empecemos nosotros también de una vez, aun cuando ya hubiéramos comenzado algunos párrafos atrás.

Un departamento interno. Un chico y una chica. Año 200*.

Adelante.

2.

Todo se remonta, sin embargo, algunas décadas atrás, cuando el quinielero de la zona es capaz de comprar una casa grande, a pocos metros de la agencia, a la que se muda con su mujer y sus dos hijos. La gran aventura humana, la historia de una familia, comienza.

Si no es el principio, al menos es tan lejos como el chico puede ir hoy en la reconstrucción de la historia, a través de lo que ha escuchado acá y allá en boca de los vecinos.

Más atrás en el pasado, la casa aparece deshabitada en su imaginación. Deshabitada y a oscuras, sin vida, podría decirse, desde que, para el desarrollo de cualquier forma de vida, incluso la más elemental, la que vive en las profundidades, hace falta la llegada de la luz.

Y de pronto, con la entrada del quinielero, la casa despierta, está lista para albergar su futura carga humana.

* * *

Con los años, los hijos alcanzan edad universitaria y el quinielero no admitirá que su educación quede incompleta: augurando un doble éxito profesional, decide que el mayor será ingeniero y el menor, abogado.

Con un segundo argumento, el de la autonomía, el quinielero toma la decisión de subdividir el fondo de su casa a fin de destinar un pequeño departamento para cada uno de ellos. La entrada de servicio se transforma en un pasillo.

* * *

Al cabo, ambos hermanos emigran. Primero el hermano mayor, el ingeniero, quien se siente a gusto calculando el peso de las construcciones y el total de columnas o pilotes necesarios para mantenerlas en pie. También se siente a gusto en esta parte del barrio, por lo que se muda a una cuadra de distancia. Por otra parte, sus padres, el quinielero y la mujer, han envejecido y podrían necesitar de su atención.

Poco después será el turno del hermano menor, el estudiante de abogacía, quien partirá sin título ni perspectivas. El hermano menor es alguien que no ha terminado de reconciliarse con la profesión que eligieron para él. Por lo que duró su etapa universitaria, pasó las noches en la calle y las mañanas encerrado. Las tardes fueron lentas agonías.

Cierto día, se esfuma de la casa.

* * *

A la ausencia del hermano menor se le suma la muerte del quinielero. Se trata de un impacto mayor en las vidas del ingeniero y de su madre, que, tiempo después, al momento de ceder, deja en su lugar un cuadro de situación sin atenuantes: la anciana solo cuenta con su hijo mayor.

Recién entonces la madre se muda al fondo: la casa delantera es demasiado grande para una anciana sola. El ingeniero, de acuerdo a su estilo, se encarga de las necesidades. Limpia el viejo desorden del hermano menor y despeja los angostos pasillos entre la mesa y las paredes por donde deberá moverse la anciana. Alquila la casa grande.

* * *

Con todo, hay ruidos: pasos en los techos, picaportes forzados. Pero los picaportes están intactos, dice el ingeniero. También hay explosiones a lo lejos. Siempre hay explosiones a lo lejos, dice el hijo. Tiros, dice la madre. Pero la casa es la misma, dice el hijo.

La paciencia del ingeniero es infinita, al punto que, a menos de un año, muda a su madre a un edificio céntrico. Tras su paso, no hay lugar del departamento que no

haya quedado atrapado por las rejas. Incluso la pequeña porción de cielo que hay en los patios está cruzada por barrotes.

* * *

Es entonces cuando el ingeniero decide poner ambos departamentos en alquiler. El departamento del frente, el que pertenecía al propio ingeniero, es alquilado por una pareja gay. Al departamento del fondo lo alquilan el chico y la chica.

3.

Ha sido idea del chico.

En su casa de origen todo ha saltado por los aires. Su padre abandonó a su madre, quien cae víctima de una fuerte depresión. El chico, que ha tenido sus propios intentos de vivir solo, vuelve a acompañarla.

El tiempo pasa, sin embargo, y, contra todos los pronósticos, la madre empieza a recuperarse. Ahora que lo ve, el chico no pierde un segundo.

* * *

Ella, la chica, accede pero de inmediato se muestra insegura. De los dos es la única que tiene un trabajo regular, y aunque se sabe capaz de cubrir su parte del alquiler, no está segura de poder con ambas partes.

Está la beca de la universidad, dice el chico, las colaboraciones con el diario, la ayuda que prometió la madre.

No te preocupes, voy a conseguir un trabajo estable, agrega él cuando nota que las changas no la convencen.

Todos los esfuerzos resultan por ahora hipotéticos.

Pero como todavía son esfuerzos, o al menos se parecen a la promesa de un esfuerzo, la chica no dice nada.

* * *

En cuanto al departamento en sí, no tardan en notar que fue levantado sobre la parcela final de una vieja casa chorizo: el ruido de la calle se escucha a lo lejos y la única manera de hacer contacto visual con el exterior consiste en mirar el cielo.

Por lo demás, la construcción no ha perdido continuidad con el frente, en el sentido de que sobrevive una conciencia tenue pero reconocible de la casa como un todo.

Como resultado, tanto el chico como la chica sienten al principio que se mueven entre ruinas. Cocinan donde estuvo el depósito, duermen donde estaba el gallinero,

van al baño en el antiguo baño de servicio, donde había un pozo en la tierra que recibía los desechos.

* * *

Esto deprime a la chica, quien viene de compartir con dos hermanas un departamento cercano al bulevar.

Vivir con un hombre es algo completamente distinto, aun cuando se trate de un chico que procura mantener el orden y la limpieza para que ella olvide las incomodidades.

Así y todo, el orden del chico es forzado y caprichoso: el trabajo de un principiante. Confunde la lavandina con el desinfectante, hace la cama pero jamás cambia las sábanas ni da vuelta el colchón. Y por más que la mayoría de los conflictos vengan por este lado, por la inexperiencia del chico, su orgullo le impide admitir que nunca antes lavó un inodoro.

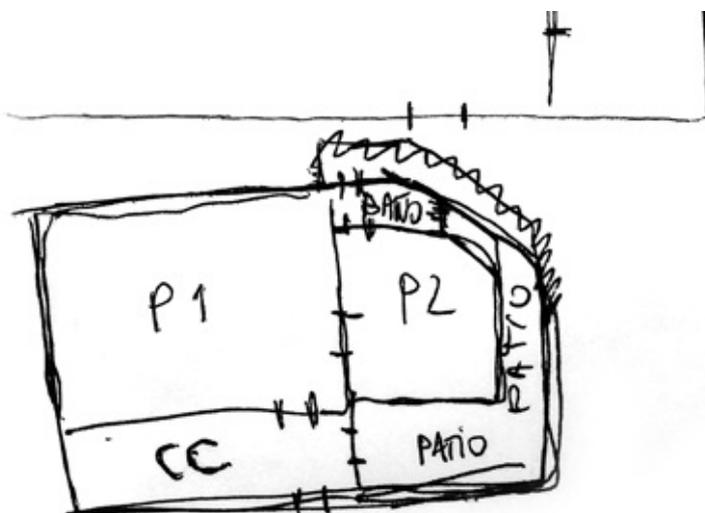
La manera de disculparse por ambas cosas, por su propia impericia y por la precariedad del departamento, consiste en sacar a la chica a pasear por el barrio, señalarle casas y contar historias. Excepcionalmente, si tiene una moneda en el bolsillo, la invita con cerveza.

* * *

El chico, ahora un hombre en la mitad de su vida, le escribirá a la mujer preguntando si recuerda aquel departamento. Dará por sentado que lo recuerda; lo que querrá saber en realidad es hasta qué punto, con qué grado de detalle, sigue vivo el recuerdo de esa vida pasada.

Él, por su parte, envía un dibujo.

Los días pasarán sin que el hombre reciba una respuesta.



4.

Así y todo, por el solo hecho de estar habitado por alguien ajeno a la familia del quinielero, el departamento trasero parece sumido en una nueva luz.

Ya no se trata de un espacio dado, sino que es el producto de los propios esfuerzos: tal como ocurre con todo lo demás, también el valor de una casa depende del precio que se ha pagado por ella. Y para ambos, sobre todo para el chico, el precio no es menor.

Dicho esfuerzo puede notarse en el tiempo que dedican a encuadrar postales del cine club en marcos de cartón corrugado, y en la dedicación con que ella atiende, aun durante los días fríos, las plantas del jardín.

* * *

Pero estas son tareas de fin de semana.

Durante el día laboral, ella, que tiene un título, da clases mañana y tarde mientras él busca trabajo. Recién cuando el chico cree que ha buscado lo suficiente, cuando entiende que la búsqueda ha sido tan exigente como tener uno, recién entonces escribe artículos que ofrecerá al diario. Cuando ambas cosas se lo permiten, escribe poemas. La escritura de los poemas sucede tarde, cuando el mundo entero duerme, bajo el fluorescente de la cocina.

* * *

Es por todo esto que el uso de la casa será diferente según se trate del chico o de la chica.

La casa es la recompensa de la chica, ahí donde, por salirse, triunfa frente al día. Es el lugar del descanso y, por lo tanto, de la entrega. Hay un uso pleno de la casa.

Para el chico, en cambio, el uso es intenso pero incompleto. Es el lugar donde el mundo exterior, que no ofrece respuestas, continúa.

* * *

En este sentido, su experiencia de la casa es similar a la experiencia de la anciana, la última ocupante, quien enrejó cada abertura al punto que, piensa el chico, si llegara a incendiarse la casa, lo que es perfectamente posible, no habría lugar por donde escapar.

Al parecer, piensa el chico, la casa y su pasado tienen su incidencia en el presente. No obstante los inconvenientes, de manera sorpresiva, el chico consigue trabajo.

5.

Ha escrito tantas colaboraciones en el diario como para hacerse un lugar. Alguien, un amigo periodista informado sobre cuestiones del gremio, lo ha advertido sobre la opción. Es una sorpresa, tanto para el chico como para el redactor del suplemento.

El sueldo es magro; la jornada, extensa, y las tareas exceden la mera redacción de reseñas y artículos e incluyen la corrección y edición del suplemento entero. Para sobrevivir, deberá entender la mecánica no solo de la sección sino también del diario en general y además simpatizar con sus compañeros de trabajo que, en un principio, lo recelan.

El chico está feliz.

* * *

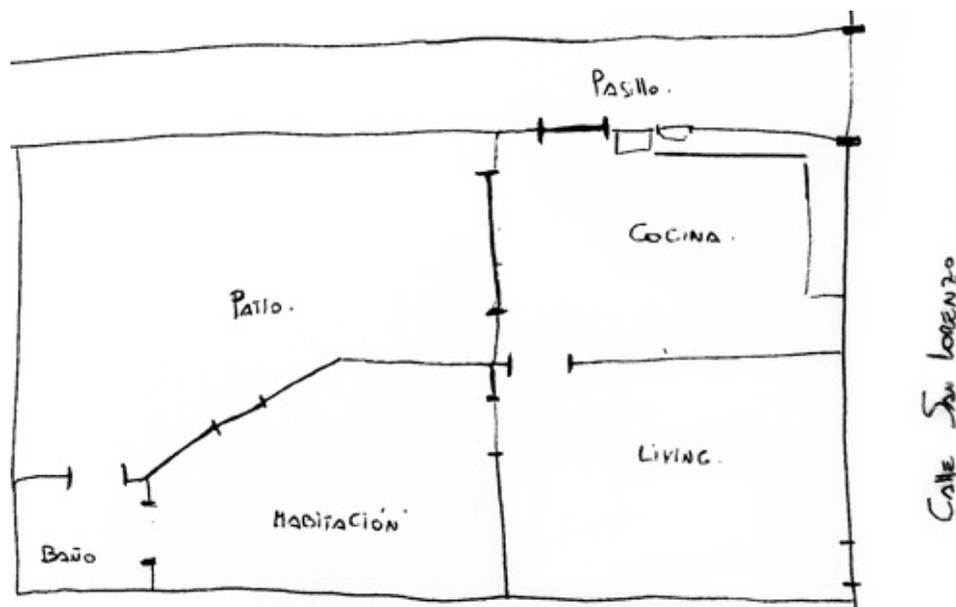
Ahora sí, el uso, en un caso y otro, es proporcional.
Se han apropiado de la casa.

* * *

Después de casi dos meses llegará el *mail* de la mujer. Es breve y se disculpa por la demora: la vida es agitada y no es fácil encontrar el momento para recordar y dibujar. Envía en adjunto su versión y se despide.

El hombre abre el archivo.

El hombre recorre la casa, computadora en mano, y se detiene en cada habitación del dibujo.



6.

Con el chico en el trabajo, es menor el tiempo que pasan juntos en la casa. Ahora, ni bien ponen un pie en el mundo exterior, sus vidas se pierden en la ciudad, separadas una de la otra.

Como resultado, la casa pasa horas a solas y en silencio, aunque expuesta a los ruidos que llegan del exterior: el tráfico, los pasos de los gatos en la chapa, las discusiones de los vecinos y su posterior reconciliación.

Si el ruido se alcanza a filtrar, es a causa de la hoja abierta del portón que da al patio. Todos los días entran también por ahí el mismo gorrión, que mira, pega dos saltos y sale, y el último sol de la tarde, que justo antes de desaparecer alumbra sobre la mesada un queso para rallar hecho una piedra.

Del lado del patio hay una columna que emerge por encima de las plantas, sin maceta que la remate, la ropa que va y viene en la soga y una pelusa que engorda cada día y que, sin importar lo fuerte que sea el viento, no logra subir el escalón.

Cuando todo esto ha ocurrido y dejado de ocurrir, la chica abre la puerta y, algunos minutos después, lo hace el chico.

* * *

Al contrario de lo que pasaba hasta hace poco, cuando se demoraba en la calle porque volver significaba aceptar la derrota, ahora el chico no pierde un minuto.

Recién llegado del diario, se suma a la chica y la sigue por el departamento a un par de pasos de distancia. Mientras lo hace, cuenta su día en el trabajo: al fin y al cabo, es un trabajador reciente y debe hablar de ello para entender su nueva situación.

Ella lo escucha al mismo tiempo que repasa las tareas de la casa o mira la tele. Ríe, apostrofa, comenta.

Luego cenarán, se meterán en la cama y dormirán sin problemas: ese rato de conversación, por breve que fuera, les permite aislar las dificultades del mundo exterior hasta el día siguiente.

* * *

El uso pleno de la casa coincide con la llegada de los primeros calores.

Casi todas las noches hay amigos a comer. No se trata solamente de amigos históricos, los amigos, por ejemplo, de la escuela secundaria: son amigos de la facultad y del trabajo, amigos de la vida en común.

Es el chico quien alienta estos encuentros. La chica se muestra cansada y le advierte a él sobre la frecuencia. Sin embargo, una vez que llegan los invitados y la noche avanza, ella también los disfruta, al menos por ahora.

* * *

Esa misma noche en que abre el archivo con el dibujo de la mujer y recorre las habitaciones computadora en mano, el hombre toma una foto de la habitación que fue

su dormitorio y la envía.

Esta vez la respuesta no se hace esperar.
¿De verdad estás ahí?, pregunta la mujer.

* * *

De verdad, dice él.

La frecuencia ha convertido el ida y vuelta de los correos en una especie de conversación.

Todos los días me acordaba de esta casa, agrega el hombre. Soñaba con ella.
¿Nunca soñaste con esta casa?

No, escribe la mujer. Al principio, capaz. No me acuerdo.

Un día abrí el diario, escribe él, y vi en los clasificados una dirección conocida.

Era nuestro departamento que estaba en alquiler. Me subí al auto y pasé por enfrente. Deberías venir a verlo.

7.

Una tarde de viernes, el chico vuelve a casa a la hora de siempre aunque de un humor diferente al habitual. Apenas saluda a la chica y sigue en el baño mucho tiempo después de haberse lavado la cara y las manos. El agua ya no corre por las cañerías del departamento y, con la chica esperando a que salga, el silencio es absoluto.

¿Qué pasa?, pregunta ella una vez que el chico sale.

El chico sabe muy bien que la conducta de un verdadero escritor consistiría en no darle demasiada importancia a lo que está por decir, aun cuando deposite en ello todas sus expectativas. Por fuera, un escritor debe ser sólido como una roca; por dentro, y solo por dentro, un hombre sensible e inseguro.

Sin embargo, lo dice sin reservas, entre excitado y muerto de miedo:

Parece que mañana salen mis poemas en el diario.

* * *

Con el último cierre del suplemento, le comenta a la chica, uno de los colaboradores externos decide retirar su nota de la edición del sábado. Por lo general este tipo de pedidos se desoyen por el bien del suplemento. Pero esta vez el pedido viene de un colaborador importante que firma con seudónimo.

Se lo nota, al redactor, fastidiado pero resignado. Hay un agujero en su página.

Hay que inventar algo, dice el redactor. Refritemos.

El refrito, el chico lo ha aprendido, es el recurso por el cual se toma una nota publicada años atrás y se modifica apenas en el estilo.

¿Un refrito?, dice el chico, sabiendo que este tipo de soluciones rápidas no van con el redactor.

Y, en efecto, el redactor no responde; está con la cara pegada a la interfase de su computadora, decidiendo, al parecer, por la manera más digna de hundir su barco.

Yo tengo unos poemas, dice el chico.

El redactor lo mira.

Acá, dice el chico, en la mochila.

Ahora el redactor se inclina sobre el respaldo de la silla.

Dejalos y andá, dice.

* * *

Al día siguiente, la vida no parece desviarse de la rutina del sábado.

Ella se levanta poco antes que el chico y empieza con la limpieza profunda: corre los muebles y baldea. Poco después, el chico, que colabora con las tareas aunque de un modo improvisado, informa que cortará las partes enfermas de las plantas: al tratarse de una tarea de precisión, lo hará con la tijera que usa para la barba.

El departamento está abierto de par en par al día fresco y soleado. Es como si recibiera un tratamiento de belleza para el que debe permanecer quieto y respirar profundo.

* * *

El chico no durmió la siesta pero tampoco ha logrado leer ni escribir.

Camina tres veces hasta la puerta de entrada al pasillo. A la segunda, se demora un momento en la vereda y saluda a los vecinos. A la tercera, trae el diario y lo abre sobre la mesa sin mirar a la chica. Va directo al suplemento.

Ahí están, con algunos ajustes por parte del redactor: el poema del ciego que viaja y el poema de los hermanos que deben pintar, para vender la casa de la infancia, el marco de la puerta donde anotaban su crecimiento.

* * *

Más tarde esa misma noche, el chico va a mirar un rato largo por la ventana, hasta mucho después de que la chica se duerma.

Por supuesto, no mira el cielo oscuro y enrejado que encuadra el marco.

Al mirar hacia fuera sin motivo alguno, sin que haya qué mirar, no mira nada: agradece a la casa.

8.

La mujer no sabe si es una buena idea la de volver a esa casa, ante lo cual el hombre dirá que entiende perfectamente, que no es algo para hacer en soledad. Le consta.

Sin embargo, ella no tiene por qué temer: el hombre la estará esperando.

Es entonces cuando la calidez que hay en sus propias palabras le da coraje.

Ya ha pedido perdón otras veces y lo que sigue no es una nueva disculpa: simplemente ha encontrado otra manera de interpretar su propia actitud, la que, veinte años atrás, los llevó a la separación.

* * *

La publicación de los poemas ha motivado un pequeño revuelo: el redactor lo ha felicitado, recibe el llamado de una profesora de Lengua, su madre le dice que el padre se acordó de llamar.

En el diario, algunos lo miran con un recelo todavía mayor pero otros se acercan y se presentan. Sobre todo, ocurre lo siguiente: aparece un editor que dice estar interesado en sus poemas. Ha dejado el mensaje en el diario.

Cuidado, le dice el redactor, alguien que en general desconfía de los editores.

* * *

El chico llama desde el teléfono que hay en el dormitorio mientras la chica se ocupa de cualquier otra cosa en la habitación de al lado: él odia hablar por teléfono delante de ella cuando el asunto es importante.

El editor parece joven, lo trata como un par. Los poemas le resultaron muy buenos y quisiera publicarlos.

El chico le dice que no tiene suficientes poemas para un libro. Tiene, en realidad, pocos poemas más que se anime a mostrar aparte de los que aparecieron en el diario.

El editor, por su parte, le dice que hoy en día no hace falta mucho más para un primer libro. En todo caso, le gustaría al editor permanecer en contacto, estar ahí el día en que ese libro termine de escribirse.

Claro, dice el chico, vamos a vernos.

* * *

Es así como el editor entra en la vida del chico, en un principio, con su permiso; poco después, sin avisar.

Tal como el chico había adivinado, el editor tiene su edad, pero su conocimiento de la literatura y el mundo literario es muy superior. Más que nada, del mundo literario.

Va siempre acompañado de un artista plástico que sonrío como un ratón y de una estudiante de psicología algo mayor que fuma y habla, según la chica, demasiado

poco, como si estuviera amasando un juicio implacable o como si se trajera algo entre manos.

9.

La chica debe pensar que el editor y su séquito son nada más que los amigos de una época, se dice el chico. Ya pasará este momento y volverán los otros amigos, el que traía su guitarra aunque le faltara una cuerda, la que agujereó la cortina con su cigarrillo y tiró un vaso de cerveza para apagarla.

Sin embargo, si el editor se esfuerza por ver al chico casi todos los días es exactamente para convencerlo de lo contrario.

Esta, le dice una y otra vez el editor al chico cuando beben juntos hasta la madrugada, esta es la vida de un escritor.

Y de hecho es la vida que está llevando el chico, siempre y cuando, tal como lo ha leído, llegue un momento en la vida de todo escritor en que la relación con su mujer se hace tensa.

* * *

Poco antes del comienzo de las hostilidades, el chico le ha dicho a ella que tuviera paciencia, que se trata de su posibilidad de publicar y que es por eso que sus nuevas relaciones ocupan tanto espacio.

Ella parece entenderlo, pero de noche, cuando el editor está en casa, la chica se va a dormir temprano ante el tímido saludo del chico y la mirada desdeñosa de la estudiante de psicología.

* * *

No sabía lo que hacía, escribe el hombre, y no se refiere al simple hecho de ser joven: no está hablando de su falta de experiencia. Todo lo contrario. Su experiencia había llegado a un tope.

Yo, dice el hombre, había planificado mi vida hasta el punto en que me mudaría con una mujer y encontraría un buen trabajo.

Desde el momento en que lo conseguí, me vi obligado a seguir por medios propios. Me vi obligado a improvisar.

Mi vida fue toda mía.

Esa es su explicación.

10.

Por la mañana, ya no hay en la cafetera lo suficiente para dos tazas ni tampoco hay notas con indicaciones para más tarde sobre la mesa del desayuno.

La puerta que daba al sol está cerrada.

* * *

Ahora el chico sale solo, en compañía de quien quiere y hasta la hora que quiere. De vuelta duerme vestido sobre el sillón del *living*.

A la mañana siguiente, a manera de despertador, usa los ruidos provocados por la chica de salida al trabajo. El chico se baña, se pone la misma ropa que llevaba hasta hace un momento y encara para el diario.

Un día, a casi un año de su ingreso a la casa, el chico se despierta a media mañana. Prende la radio y comprueba, tal como sospechaba, que es día de semana. Jueves. Ha faltado al trabajo.

Parado sobre la línea del portón que da al patio, descalzo y con los ojos cerrados al sol, entiende también que la chica se fue de la casa.

* * *

Uno de los vecinos se acerca a ver, incluso se atreve a golpear la puerta.

Quería saber si estaban bien, dice el vecino cuando el chico atiende.

Todo bien, dice el chico.

Cualquier cosa, estamos al lado, dice el vecino.

El chico cabecea: no hace falta preguntar qué cosa puso en alarma al vecino.

En la casa del chico ya no hay movimiento, no se sienten ruidos, no se ve una luz, sale un olor raro.

* * *

La casa permanece cerrada la mayor parte del tiempo. Aunque tarde, la decisión ha sido tomada: ya no hay invitados.

Hay un solo foco prendido en lo profundo de la casa, aquel que acompaña al chico en el dormitorio.

Es como si los dos, tanto el chico como la casa, estuvieran apagados, esperando a que se suelte, desde algún lugar de su interior, alguna descarga de vida.

* * *

Pocas noches después se escucha un ruido de llaves en la cerradura.

Por primera vez en semanas, el chico no espera a asimilar la carga de su situación, sino que sale disparado.

No es él quien prende la luz de la cocina; alguien más lo hizo.

De pie, a un paso de la puerta, hay un hombre de lentes, saco y pantalón de buzo.

Todavía andan estas llaves, dice.

* * *

Está bien, escribe la mujer.

Es posible que, con el tiempo, las conductas del pasado adquieran nuevos significados. Pero la historia en sí misma terminó.

No, dice el hombre.

Ella guarda un buen recuerdo. No fue el mejor de los finales, dice, pero, con el tiempo, ese mal sabor dejó de cubrirlo todo.

El final no es la historia completa, escribe ella.

No, dice él. La historia no terminó el día en que te fuiste. Ese no fue el final.

* * *

El chico no amenaza con llamar a la policía ni pide explicaciones de ningún tipo. Al contrario, invita al hombre de pantalón de buzo a sentarse.

Yo también vivía así, dice el desconocido mirando a su alrededor, cuando tenía tu edad y estudiaba abogacía.

Lo que no habla muy bien de vos, agrega.

El chico quiere saber qué significa eso y el hombre le dice que fue el momento más confuso de su vida, según lo entendería después.

Se ha inclinado sobre el respaldo de la silla con total seguridad, como si él fuera el anfitrión y no el chico, o, en todo caso, como si la casa, lo mismo que un perro amaestrado, se tendiera al lado de su verdadero dueño.

Quiere algo de tomar, dice el chico.

No, dice el desconocido, esto va a ser rápido.

Puede quedarse el tiempo que quiera, dice el chico.

No, dice el desconocido. Sos vos el que se tiene que ir.

* * *

Tengo un contrato, dice el chico sin sobresaltarse, como dirigiéndose a un loco.

Ahora soy yo el que vive acá, agrega.

No, dice el desconocido, esto no es vida.

Usted qué sabe, dice el chico.

Sé que es difícil ser infeliz en la misma casa que te lo dio todo.

El chico no habla.

Y sé también que es difícil torcer las cosas y hacer de la casa otra vez un lugar feliz.

El chico no dice nada pero tampoco desvía la mirada.

Vestite, dice el desconocido.

* * *

No te preocupes por el contrato.

Ahora es el hombre quien habla desde el interior de la casa mientras el chico está de pie en el pasillo.

Yo me encargo de eso, agrega el desconocido.

Si ella llega a volver, empieza el chico.

Yo le digo que estuviste esperando.

El chico mira hacia el interior, por encima del hombro del desconocido. La mesa y las sillas. Los cuartos a oscuras.

Quisiera darle un abrazo, dice el chico, pero apenas posa la mano en el marco de la puerta.

Es un lugar especial.

Sí, dice el chico.

Como cualquier otra casa, lo alienta el desconocido.

Sí, dice el chico, pero esta casa fue mía.

Práctica

Viernes: Érica

Sin aviso previo, antes de bajar del compacto a la vuelta del trabajo, Érica besa a Tomás.

Él acaba de tener una hija y ella está separada hace años, aunque todavía llame *mi marido* a Alfonso y por más que, para ley, siga casada.

* * *

El resto de ese día pasa rápido, o no exactamente: pasa a la velocidad de siempre pero sin que ella pueda sacar nada en limpio de él.

Antes de caer dormida —lo que no ocurrirá sino hasta después de prender otra vez la luz del velador— busca excusas para faltar al trabajo.

* * *

Al día siguiente es la primera en llegar.

La inunda el pánico al notar con el rabillo del ojo, casi de espaldas, la entrada de Tomás a la sala de profesores, pero de inmediato la tranquiliza entender que todo sigue como antes.

Él se muestra cortés y gracioso, aunque no a la manera del resto: nunca levanta la voz ni habla de sí mismo; sus bromas son como piedras en el fluir de la conversación donde uno puede pisar en firme para seguir adelante.

* * *

Érica encara sus clases con tranquilidad y ya despabilada, no con la frecuente carga de modorra que a menudo se apodera de ella y se extiende a lo largo de todo el día.

Una vez junto a sus mapas, las geografías que hoy le toca abordar se le presentan como parajes lejanos: montañas reverdecidas, ríos que han vuelto a correr, suelos desbordantes de materia orgánica.

* * *

Con todo, a la salida de la escuela, al llegar a la esquina de siempre, es él quien la besa entre un tumulto de tránsito.

Es viernes, y con ese nuevo giro en su vida, Érica deberá afrontar el fin de semana.

* * *

Luego de una siesta inquieta pretende fingir que nada ha pasado.

Prepara un té y enciende la tele, pero las noticias más espeluznantes, las que en general despiertan en ella algún tipo de interés (edificios inundados hasta el tercer piso, autos con su carga humana rígida a pocas cuadras del departamento), ahora le parecen insulsas.

* * *

Cuando la tarde cae, llama su madre al celular.

La conversación empieza con los comentarios de siempre sobre cómo debe arreglárselas con el achaque de turno. En el fondo, el rodeo vela un sermón sobre la soledad en que Érica la abandonó. Después de cuidar de su hija cuando su marido se fue de casa (y eso incluía, en el peor momento, la necesidad de bañarla y cambiarla) la madre se había ilusionado con vivir juntas.

Por fin, pregunta si Érica tiene para comer.

No, dice Érica, y la madre se ofrece a llevarle. Te llevo, dice, pero Érica se refería a que no tiene hambre.

Voy para allá, dice la madre de todas formas, ante lo cual Érica decide abandonar el departamento.

* * *

Camina por primera vez en mucho tiempo. Es decir, camina sin que el hecho de hacerlo la lleve a ninguna parte.

Camina porque su vida, al parecer, está cambiando.

* * *

Después de la primera montaña de desperdicios levantada desde el subsuelo, las siguientes no resultan tan desconcertantes. Es solamente la primera montaña en aparecer la que todavía la descoloca.

En el recorrido, pasa frente a las ruinas del hospital ambulatorio, cruza por el puente peatonal los ocho carriles vacíos de la avenida y alcanza a poner un pie en el camino de acceso, la rotonda anterior a los estacionamientos en altura.

Hasta acá llega la maqueta de la ciudad tal como la imaginaban sus fundadores.

De acá en adelante, todo ha quedado en manos humanas.

* * *

De vuelta por el mismo camino, no hay nuevos socavones a la vista, sino una nueva cantidad de desperdicios acumulados en los cráteres ya existentes: escombros, bolsas de consorcio, chatarra informática y, según alcanza a ver Érica, un tambor de

lavadora desde el cual podría salir rodando, en cualquier momento, una perra vieja, soviética.

Ahora que se encuentra con su madre en la puerta del edificio, se recrimina por no fumar. El cigarrillo debe ser especial para momentos como este, de deseo y privación. El alcohol, supone, suplirá el efecto.

* * *

Sola frente a la ventana, mira las luces del centro. A sus espaldas, suena la radio de trasnoche y los ascensores vacíos se lanzan al patrullaje nocturno.

Érica lleva puesta la bata rosada aunque de un solo lado, con el brazo derecho colgando como una parálisis facial.

Su brazo derecho —no el de la bata sino el de carne y hueso— es el que usa para servir vino blanco y beber. El brazo derecho debe operar con total libertad.

* * *

Su momento preferido de la emisión son las canciones que conoce hace años pero que hoy tienen un nuevo significado. Aunque, debe admitirlo, también escucha con atención las llamadas de los oyentes.

Algunos felicitan por el programa y, por el ruido de fondo, parecen acompañados. Pero la gran mayoría de ellos integra el ejército de solitarios que llama a la radio para hablar de amor. Hombres y mujeres que, a un paso del fin del mundo, recuerdan sus días de gloria e imploran perdón.

Cada vez que esos oyentes cuelgan el teléfono, Érica sonríe con la mitad de la boca, como si ninguno supiera en realidad de lo que está hablando.

Viernes: Tomás

Su hija ha llegado al mundo en perfectas condiciones pero, una vez que ha dado a luz, su mujer cae enferma: parte de la placenta, que debía terminar entera en el cubo de residuos patológicos, ha quedado en el interior del vientre, provocando una grave infección en la zona abdominal.

Casi sin escalas, Brenda pasa de la sala de partos a terapia intensiva.

* * *

Durante los tres días que su mujer permanece aislada y en observación, Tomás quedará a cargo de la beba.

Sus propios padres han muerto (el último en morir fue su padre, hace poco más de un año) y solo cuenta con la compañía de los suegros, que pasan la mitad del tiempo en la habitación donde está la beba, la otra mitad en la puerta de terapia.

Como si pudiera saberlo, como si, con pocas horas de vida, estuviera al tanto de lo que pasa con su madre, la beba se muestra intranquila: llora y gime, apenas duerme. Solamente cuando pasa a los brazos experimentados de la abuela encuentra algo de paz.

* * *

¿Qué parte de todo esto lo tiene a él como culpable?

Tomás no lo sabe todavía, pero piensa en el tema cada vez que sube a fumar a los estacionamientos aéreos del sanatorio, adonde, cuando su padre cayó enfermo, todavía funcionaba el ala de radiología. Después el agua tapó el subsuelo y hubo que mudar el estacionamiento a los pisos superiores.

Él, se dice, no tiene ninguna responsabilidad por la internación de su mujer: no fue Tomás quien olvidó parte de la placenta adentro ni es quien provoca el llanto de su hija. Al contrario, en todo momento busca consolarla.

Sin embargo, la sensación no lo abandona.

* * *

Después de pasar las últimas dos noches sin dormir y de buscar ayuda en su suegra ante una nueva explosión de llanto de la bebé, en presencia del humo de su cigarrillo atrapado para siempre entre estas pesadas paredes de plomo y grafito, Tomás lo entiende.

Él, Tomás, no está preparado para ser padre.

Ha involucrado a otras dos personas en un plan absurdo: formar una familia.

* * *

Ahora que lo sabe, la sensación no lo abandonará.

Al contrario, se reafirma al comprobar que, una vez en casa, Brenda, todavía convaleciente, asume el trabajo pesado: consolar a la beba, dormirla y alimentarla.

Por su parte, los suegros compran pañales y medicamentos y traen la comida para Tomás y su mujer.

Él es absolutamente prescindible.

* * *

Por suerte, la licencia termina de inmediato y Tomás debe volver a la escuela. No es algo por lo que esté en posición de agradecer, más bien debería hacer lo posible por permanecer cerca de su familia.

No obstante, agradece. Es un gran respiro.

* * *

En la sala de profesores, no recibe felicitaciones sino preguntas por la salud de su mujer. A excepción de Érica, la profesora de geografía, con quien tiene una relación algo más estrecha, todos preguntan por preguntar y él responde por responder.

En el camino de vuelta a casa, le cuenta con detalles a Érica las alternativas del parto; en ningún momento, piensa, ha dicho algo que lo mostrara frágil o inseguro, pero capaz sea algo que se desprende de su tono de voz. El caso es que Érica apoya su mano sobre la de él en la palanca de cambios y él no hace nada por impedirlo.

Antes de bajarse, ella lo besa.

* * *

¿Qué la llevó a hacerlo?, es la pregunta que lo asalta cuando vuelve a pensar con claridad, una vez que su hija y su mujer están dormidas, y él da vueltas una y otra vez a la rueda de canales sin sonido.

Es posible atribuirlo a un carácter desequilibrado: después de todo están esas historias que circularon por la sala de profesores, rumores sobre la locura de su marido y sobre la larga licencia de Érica posterior a su separación.

Qué más da, se dice él. Cualquier salida parece sensata en un mundo que por fin ha declarado sus intenciones: los canales de la naturaleza ahora se dedican a las catástrofes; los canales de historia, a los genocidios.

* * *

Al día siguiente, en la escuela, Tomás se obliga a conducirse con naturalidad y cree lograrlo.

Parte de él ha superado el episodio y se alegra de que así sea; no es un buen momento para sumarse un problema de este tipo.

Con todo, cuando deja a Érica en la esquina de siempre, sin tomar ningún tipo de recaudo, es él quien la besa.

* * *

Si bien la llegada de un bebé impone una rutina extrema, al punto de hacer de cada día una copia del anterior, todos ellos fundidos en un solo día largo e indivisible, el viernes conserva todavía un corazón aparte: el día del deseo y la posibilidad.

Nunca antes Tomás había accedido al corazón salvaje de un viernes.

Es horroroso y fascinante.

* * *

La noche llega rápido a esta altura del año y la cena, sin querer, se anticipa.

Ni él ni su mujer hablan en la mesa, aunque, piensa Tomás, por motivos diferentes.

La beba mira la luz como si hubiera un secreto escondido en ella.

* * *

Finalmente llega el momento tan ansiado de levantarse de la mesa. Madre e hija se retiran a la habitación y él lava los platos y saca la basura hasta la calle, obviando los conductos del vertedero que bajan paralelos a la escalera.

Una vez afuera, enciende un cigarrillo. Ve pasar autos con rostros diversos al volante, algunos relajados, algunos expectantes, otros congestionados.

A unos pasos, un vecino de otra torre sale a fumar, alguien más que, como él, debe hacerlo afuera de casa. Pronto las calles estarán repletas de hombres que salen a fumar y los departamentos llenos de mujeres que se van a dormir sin despedirse. De esa extraña manera, dándose la espalda unos a otros, el equilibrio, piensa Tomás, un equilibrio que los borra de la vida pero que, al mismo tiempo, permite vivir, se habrá restituido.

Sábado: Érica

Al despertarse, pasado el mediodía, Érica ya cuenta con el almuerzo, la tarta de verdura que dejó su madre la noche anterior. Ella opta por las galletitas de agua.

* * *

En el celular no hay mensajes ni llamadas perdidas.

¿Se habría salteado la factura del mes? No, Érica nunca olvida un pago.

En cuanto a la posibilidad de que Tomás la tenga en la agenda, ella lo sabe perfectamente: la tiene en la R, bajo el nombre de Rica, que es como la llama.

* * *

La deprime pensar en los mensajes que llegan a su celular, en su mayoría avisos y promociones, con excepción de los mensajes enviados por su madre.

También, domingo por medio, llegan de a montones los extraños mensajes de Alfonso. En más de una oportunidad, su marido la ha estado siguiendo, algo que no produce en ella la más mínima aprensión.

Para poner al mismo nivel (o en el mismo lugar) los mensajes recibidos y los no recibidos, es decir, los que nunca existieron, ella borra a diario el contenido de su casilla.

* * *

Pasadas las cuatro de la tarde, la luz de invierno se ha ablandado sensiblemente. Se acerca lo peor del sábado.

Érica apaga el celular, retira la batería y espera unos segundos. Después pone la batería en su lugar y enciende el aparato.

Nada.

* * *

Tomás no tiene perfil de Facebook y Érica se convence de que, dadas las circunstancias, es lo mejor. De lo contrario, ella estaría esperando noticias en un nuevo frente.

Mejor dejarse ir con la cascada de imágenes que no deja nunca de renovarse aunque tampoco de repetirse: la noticia del día habla otra vez de los cráteres que se abren en las calles. Esta vez, sin embargo, el titular ha virado de la constatación al diagnóstico: por sus proporciones, la última cadena de socavones debilitaría no ya los cimientos de los edificios sino también los cimientos de la ciudad.

* * *

Pensándolo bien, es casi un ultraje que Tomás no tenga Facebook: es ahí donde la gente se encuentra los sábados a la tarde. Incluso la gente con mujer e hijos. Su esposa seguramente tiene uno.

Brenda, así se llamaba, no hay muchas en Santa Fe: es la segunda opción en el buscador de personas. La recuerda por el gesto duro de su foto de perfil, el mismo que llevaba cuando la conoció durante la muestra de Alfonso.

La gran mayoría son fotos de la beba o, en su defecto, de la madre y la beba. La hija se llamaría Vanina o Vanesa, es lo que Érica infiere del nombre Vanu. Érica no hubiera elegido ninguno de esos nombres y atribuye el error a la madre.

Un poco más abajo por fin aparece Tomás, padre de familia.

* * *

Érica pasa revista a sus contactos en el celular. Decide no llamar, entre sus amigas, a las más cercanas; no quiere confesarse. Por lo demás, no las ve hace meses.

Llama a la segunda o tercera línea de amigas, las que prefieren no hablar de nada importante, nunca tuvieron un hombre que las soportara demasiado y, sobre todo, salen a bailar todos los fines de semana como si fuera el último.

* * *

Esa noche, Érica bebe incluso más que de costumbre y sus amigas —o lo que sea — la festejan: Érica es alguien que ha vivido y es bueno tenerla de su lado.

Ella habla de los hombres en términos absolutos. Se encuentra a sí misma cerrando largos intercambios de experiencias con frases afectadas: son así, no tienen solución, volvé a vivir con tu mamá.

Lo cierto es que intenta prolongar estos tramos de la charla tanto como sea posible: las otras mujeres son desde siempre amigas entre sí y Érica corre el riesgo de quedar afuera al más mínimo cambio de tema.

Cuando por fin sucede y ella se ve obligada a escuchar, intenta con todas sus fuerzas demostrar interés.

Termina bebiendo y mirando las caras de la barra.

* * *

En un momento, una de las mujeres anuncia que debe irse.

No te vayas, dice Érica, que siente que con ella puede irse también una parte de su fuerza.

Tengo que volver con los chicos, dice la otra, lo que desarma a Érica por algunos minutos.

* * *

Una vez en la disco, la conversación se apaga; apenas es posible usar frases cortas y rápidas frente al estruendo de los parlantes. La energía pasa de la voz al cuerpo: Érica está bailando.

Baila a la antigua, en todo caso, como se hacía unos quince años atrás, cuando los boliches tenían espacio suficiente para dar pasos largos y la música estaba hecha de tiempos menos urgentes. Al lado de esto, los bailes de su época se parecen a un ajedrez humano. Con todo, el baile en Érica es una aptitud: ella aprende rápido.

* * *

Pasa un chico y la llama Emi, tratando de adivinar su nombre por el colgante con la inicial. Erica, dice ella y sonríe amablemente aunque a modo de rechazo. De todas maneras agradece que el chico haya aventurado un nombre de su propia generación.

Otro hombre, esta vez algo mayor, le propone tomar algo. Ella acepta.

* * *

Sabe que está consumiendo un tiempo precioso para un hombre en un boliche pero, después de todo, no hace otra cosa que conversar. Aceptar un trago no significa de ningún modo una promesa.

Si él intenta algún movimiento, Érica le dirá que está empezando algo con otra persona.

En ninguno de los dos casos, se dice, voy a estar mintiendo.

* * *

Desde que las autoridades se ven impedidas de garantizar la resistencia de las calles, cada taxi es un taxi fantasma. A ella no le importa.

Piensa durante el viaje que ha desperdiciado una cantidad enorme de fines de semana —casi todos los fines de semana de los últimos diez años— encerrada en casa, una buena parte de ellos junto a su marido. ¿A cambio de qué? De nada.

Lo lamenta, pero se cree en condiciones de recuperar el tiempo perdido. Quedan en ella, calcula, unos cinco años de boliche antes de recurrir a esas discos para maduros.

Al momento de bajar del auto, cruza miradas en el retrovisor. El taxista espera que ella abra la puerta del edificio y, cuando ella queda al otro lado del vidrio, vuelven a mirarse.

* * *

Una vez en casa, pone la computadora y se sirve el culo de vino blanco que sobró de anoche. Recorre otra vez el Facebook de Brenda y le da me gusta a las primeras fotos de Vanina o Vanesa.

Hermosos, comenta en una de ellas en que aparece la familia completa.

Por último, le envía a Brenda una solicitud de amistad.

Sábado: Tomás

Aunque sea por un interés egoísta, el de pasar solo tanto tiempo como fuera posible, Tomás se muestra activo: compra el diario y el pan y se demora tanto como puede en cada una de sus paradas.

Ayuda, en su contemplación, este luminoso día de invierno, pese a que la luz flote a lo alto, por encima de los edificios abandonados.

* * *

De vuelta, su mujer se lo reprocha.

Si bien Tomás no sirve para mucho, Brenda demanda que él esté cerca: es el precio que debe pagar por ser padre.

A Tomás no le importa que ella lo regañe. Es más, piensa hacer de este nuevo recurso un rasgo de conducta: demorarse un momento por cada cosa que hace en soledad. Así, minuto a minuto, ganará algo de tiempo para sí mismo por lo que le queda de vida.

* * *

Incluso si Brenda llevara las cosas hasta las últimas consecuencias, si quisiera separarse, Tomás podría soportarlo. Se siente fuerte: tiene un secreto.

* * *

Sobre el final, la acumulación de minutos sustraídos a los deberes familiares, llevará ese nombre: la vida.

* * *

Pintor. El marido de Érica era pintor.

Tomás lo conoció al visitar una de sus exposiciones, poco antes de que el salón quedara libre para una nueva muestra.

No pensaba encontrar a nadie a esta altura, pero ahí estaban Érica y su marido. Él se paseaba descalzo, haciendo sonar las tablas del piso flotante, y cuando le dio la mano se escuchó un ruido que salía de los huesos de Tomás.

Desde la tienda de regalos, Brenda se dio vuelta para mirarlo.

* * *

A Tomás se le antoja que el de pintor es el oficio más difícil de igualar.

* * *

A la tarde sus fuerzas declinan por completo: ha sido un arrebató, una fantasía. El día puede entenderse como un lento debilitamiento emparejado con la intensidad de la luz.

Salvo por los viernes (ahora él lo sabe) vivimos de noche las cenizas de lo que soñamos durante el día.

* * *

Madre, hija y padre salen a pasear. Por más que la vida, en presencia de un hijo, haya perdido su antigua fisonomía, ellos se esfuerzan por recuperar viejas costumbres o por inaugurarlas juntos.

Eligen los espigones; con el frío nadie los visita. La idea es evitar las calles más transitadas pero, en mitad del camino alternativo, se ha abierto uno de esos cráteres y se ven obligados a ir por la costanera. Aunque tampoco hay gente en el paseo, Tomás baja la velocidad y la busca.

* * *

El cráter acababa de formarse. El hombre que lo cuidaba y que parecía su dueño, obligaba a desviarse rumbo a la avenida, y cuando Tomás pasó junto al boquete, del

tamaño de un auto y la profundidad de un árbol maduro, pudo ver el fondo: agua de río barroso corriendo hacia el sur entre vigas quebradas y trozos de asfalto.

Increíble, dijo su mujer. Si hubiéramos pasado un rato antes, terminábamos ahí adentro.

Tomás no dijo nada.

Qué, soltó ella, ¿te da lo mismo?

* * *

Durante el paseo se pregunta cómo fue capaz de hacerlo. En pleno día, en un punto neurálgico de la ciudad, ante la mirada de todos. Puso en peligro a su familia y lo hace a cada momento, cuando tiembla al ver algo parecido a un bulto humano y cruza, sin advertirlo, un semáforo en amarillo.

Es un inconsciente, un pendejo, y se lo recrimina en silencio. Debe olvidarlo todo de inmediato. Volver, como las computadoras, a la última versión de sí mismo que funcionó sin problemas.

¿Pero cuándo fue que pasó eso?

* * *

Dos veces ha vivido solo.

La segunda, no hace mucho, en condiciones no tan precarias, durante un año, lo que duró la separación con Brenda y lo que duró también la enfermedad que se llevó a su padre.

La primera, cuando sus padres se divorciaron y él debió mudarse a una casita sin servicio de gas en un barrio lejano.

Fueron épocas de escasez, de frío y hambre, y no hay un solo día de su vida presente que no cambie por aquella soledad, dura, pero completamente suya. Fue lo más cerca que estuvo de la vida que quería.

* * *

Antes de llegar a la orilla, entre la bajada y la parte húmeda, hay una franja apisonada por encima de la cual la arena suelta corre a la velocidad del viento frío. Una extensa explanada que recibe las inclemencias del tiempo en su versión más dura.

A sus espaldas comienzan a encenderse las luces: las farolas del paseo, que a la larga fallan y se apagan; poco después, las luces de ventanas dispersas en las torres. Hay gente ahí, junto a otros esqueletos de edificios, donde se puede ver a la luna subir de piso en piso.

O cambiando de habitación, ahora que vuelven a casa en el compacto.

Domingo: Érica

No volverá a pisar un boliche por lo que le queda de vida.

* * *

Toda una parte de su historia, la de ir a boliches, ha terminado por segunda vez. La primera, cuando se casó con su marido soñando con formar una familia. La segunda, anoche, cuando creyó estar a las puertas de una aventura.

* * *

Ella conoce las alternativas de la luz, sobre todo las de un domingo. Ni siquiera los cambios de estación son capaces de confundirla.

Deben ser las dos de la tarde.

No necesita relojes.

* * *

Salir de casa un domingo puede resultar en catástrofe. Las ferias de baratijas, el olor a asado, los vendedores ambulantes. Al menos es así como los recuerda. Ella está hace años excluida de los domingos, sobre todo cuando se trata de exteriores.

* * *

¿Y dónde está incluida entonces? ¿En qué clase de interior?

Érica no lo sabe. No en este, eso es seguro.

* * *

Si hubo alguna vez una chance de que Tomás hiciera contacto, esa posibilidad se ha esfumado por completo.

* * *

Piensa en masturbarse: desde siempre la pesadez de la resaca, mezclada con la soledad y la enorme cantidad de tiempo a disposición, terminan por calentarla. Decide dejarlo para más tarde, cuando el domingo caiga sobre ella con todo su peso. Entonces se hará una larga paja, aunque, técnicamente, será más de una.

* * *

Otra cosa de la que sacará provecho: de su capacidad para dormirse casi a cualquier hora. Para estas dos cosas —la paja y la siesta— y solamente para ellas, la

resaca ayudará.

* * *

Llorar no llorará. Estas no son las cosas que la hacen llorar.

Llora cuando no puede terminar un trámite después de una mañana entera de diligencias; cuando llega tarde a la escuela y los taxis fantasma hacen como si ella no existiera. Llora al entender que está rodeada de salvajes, como el otro día cuando, en una esquina, un hombre al mando del volante le impidió cruzar la calle en el momento que el semáforo le daba paso y, una vez a su lado, tiraron una colilla de cigarrillo en su dirección. Se trataba de un camión de caudales. ¿Acaso no había en ese tipo de vehículos alguna clase de deber público? ¿No lo manejaban policías o algo así?

Esto que pasa no le arranca ni una sola lágrima.

Por sus dolores reales no llora jamás.

* * *

Después de la paja y un baño caliente, confía, quedará muy poco de la resaca.

Ya será de noche y estará en condiciones de mirar algún programa de concursos sin que nada, ni siquiera ella misma, la estorbe.

Nada le asegura que esta fina arquitectura no pueda tambalear y caer. Pero es su manera de minimizar los riesgos.

* * *

Por nada del mundo va a abrir la computadora.

* * *

Come finalmente la tarta de verduras. Érica sabe que es su última oportunidad antes de que los ingredientes se echen a perder.

Dos días después tiene un gusto neutro. Un pedazo de espinaca cae sobre su pijama, pero ya no mancha.

* * *

Suena el teléfono. El pantalón donde quedó el celular está hecho un bollo junto a la cama. Ella lo ve sonar, mira cómo suena su pantalón hasta quedar en silencio. Cuando vuelve a sonar, Érica estira la mano y atiende.

Es su madre. Le dice que, en caso de que ella lo apruebe, pasará a dejarle unos pasteles con dulce que horneó junto con unas empanadas. Así tendrá resueltas tanto la merienda como la cena.

Érica le dice que no, que, por favor, no se acerque, que ella ya hizo planes, va a salir.

A esto le sigue un silencio pesado al que la hija pone fin diciendo que, cualquier cosa, pasará más tarde por lo de su mamá.

No salgas de casa, Érica, dice su madre. Está todo muy raro ahí afuera. Y agrega que si alguien va a abandonar su casa lo mejor es que sea ella misma, su madre.

No vengas, dice Érica, no voy a atender el timbre.

¿En qué quedamos?, suelta la madre. ¿Vas a salir o no vas a atender el timbre?

* * *

El celular suena una y otra vez, ahora con el tono del mensaje. Érica sabe que se trata de su madre. Cada vez que discuten, la madre mensaja un momento más tarde pidiendo disculpas, aunque no fuera ella quien se excedió. Érica ni siquiera mira en dirección al pantalón, donde ha guardado otra vez el aparato.

* * *

Mira un documental sobre el decrecimiento de las montañas y empieza otro sobre experimentos genéticos con flores cuando, al otro lado de la pared, se escucha el grito de un vecino.

Érica sale de su departamento y ve a un hombre joven que baja las escaleras a toda velocidad.

La puerta abierta da a las cadenas del ascensor.

* * *

De vuelta, mira la pantalla de su teléfono. Hay una pila de mensajes de Alfonso, su marido, y otros tantos de su madre. Entre ellos, casi como un error, un mensaje de Tomás.

Domingo: Tomás

El domingo, como ya es costumbre, la beba se despierta temprano y Tomás, que ha dormido poco y mal, se levanta para cambiarla. Sabe que la falta de sueño se hará sentir en breve, acaso antes del mediodía, pero confía en que la nena dormirá una siesta; entonces él cargará algo de fuerzas para completar el día.

Con todo, no lo lamenta; si ha pasado la noche en vela, fue para conseguir a cambio algo de paz. Ha llegado a la conclusión de que no hay motivos de inquietud: siempre que él no lleve las cosas al próximo nivel, no habrá de qué preocuparse.

Puede volver a dormir tranquilo.

* * *

Para sellar lo decidido mete a la pequeña Vanesa en el coche y marchan juntos a la panadería. Va a prepararle a Brenda un merecido desayuno, servido en la cama. Con esto, Tomás se despedirá del problema para siempre.

* * *

¿Por qué un *merecido* desayuno?

Por ser su mujer víctima de una infidelidad de la que nunca va a enterarse.

También para celebrar el final de una historia que lo tuvo en vilo. Por lo demás, quién sabe, acaso este episodio inaugure entre él y su mujer un período afectuoso, como mínimo, de amabilidad.

* * *

Si alguna vez vuelve a pensar en Érica, será para recordar el breve amorío, si es que puede llamarlo así. Tomás conoce las etapas del proceso: al principio pondrá énfasis en su propia pericia, su habilidad para desactivar el problema antes de que todo termine en desastre.

Pasado el tiempo recordará, de lo ocurrido, la belleza de Érica y con ella, la porción de juventud que todavía conservaban. Por supuesto que, a esta altura, querrá volver a verla y acaso la llame.

No quedará entonces ni la más mínima chance de hacer contacto.

* * *

Pero la panadería está cerrada. Una hoja escrita con birome azul y pegada a la puerta de vidrio deja leer: «Debido al problema por todos conocido».

¿Qué problema?, se pregunta Tomás.

Los cráteres, se responde al instante.

Recién ahora lo entiende.

Los autos han desaparecido.

Aparte de él y la bebé, la calle está desierta.

* * *

Quiere fumar y, por más que la posibilidad esté cerca, en el bolsillo izquierdo de su sacón, Tomás desiste de hacerlo: prender un pucho significaría enfrentarse a una nueva discusión. Brenda odia que él fume cuando lleva la beba.

Y si dejara de fumar —algo que, en su situación, resulta a todas luces práctico y razonable—, ¿qué clase de no fumador sería Tomás?

Seguramente uno inseguro y desordenado, dispuesto a sustituir un hábito por otro. Alguien que, por ejemplo, se sienta frente al volante soñando con manejar sin rumbo

fijo, y que sin embargo maneja exactamente hasta donde tiene que ir, aunque siempre desorientado, a punto de chocar, como un perdido.

* * *

De vuelta en casa, Brenda ha preparado el café de acuerdo a su estilo: aguado y tibio.

El pan tiene tres días.

Tomás lo considera una mala señal.

* * *

Entonces su mujer abre la computadora.

Cualquiera, dice ella en voz alta, y Tomás se inquieta.

Qué, dice él.

Los cráteres, dice Brenda sin separar los ojos de la pantalla.

Sí, dice él y respira. Comenta que fue por ese motivo que la panadería estaba cerrada.

Parece que te diera gracia, dice Brenda y se pone de pie para llamar a sus padres.

Les pide que no vengán a almorzar este mediodía, que puede resultar peligroso.

Bueno, se dice Tomás, capaz no era tan mala la señal de la panadería.

* * *

Mirá, dice Brenda otra vez frente a la pantalla.

Tu amiga me agregó al Facebook.

¿Qué amiga?, dice Tomás como si no tuviera ninguna amiga.

Tu amiga, dice Brenda, la mujer del pintor.

* * *

Después de un almuerzo liviano, hecho de lo poco que había en la alacena, vuelven al dormitorio. Tomás no cree que pueda dormir la siesta tampoco. En realidad, lo sabe perfectamente. No dormirá.

Ha ocurrido lo peor. Érica dio el primer paso.

Tomás ya no se pregunta por la posibilidad de que todo se sepa: ahora deberá pensar qué hacer sobre los hechos consumados.

* * *

Hay dos opciones, negarlo todo o aceptarlo y asumir las consecuencias.

Él no se cree capaz de mentir, al menos no a la manera en que la situación lo requiere: a cara de piedra y sin la más mínima equivocación.

Aunque lo cierto es que tampoco se ve aceptando lo ocurrido, intentando a la postre restituir su imagen a costa de sí mismo. Si lo acepta, si se declara culpable, nada volverá a ser igual; él habrá perdido todos sus beneficios.

* * *

En realidad, sus opciones son otras: o neutraliza el peligro o huye para siempre.

* * *

Tenemos que hablar, es el mensaje que Tomás envía a Érica, Rica, como la tiene agendada.

Durante el rato largo que ella demora en contestar, las especulaciones sobre su futuro, el de Tomás y el de su familia, se detienen para dar paso a un estado de expectación.

Tomás mira el techo y sueña despierto.

Domingo: Alfonso

Hasta ahora el mundo estaba disperso.

Pero ahora te veo salir del edificio y el mundo vuelve a reunirse.

Ahora es como si la cinta empezara a correr, cuadro por cuadro.

Ahora te veo sacar la bici desde el edificio.

No pueden salir ambos ahora, por la misma puerta al mismo tiempo.

Ahora, la bici; ahora, el cuerpo.

Ahora me extraño: ¿adónde podrías ir en pleno derrumbe?

Ahora pienso que a lo mejor se trata de la última vuelta por la ciudad donde viviste tu vida.

Ahora veo tu ropa, un vestido marrón con motivos otoñales en amarillo y una calza de lana por debajo de la pollera.

Ahora entiendo que, a excepción de la campera de plush, no conozco la ropa que llevás puesta.

A raíz de esto se produce ahora un segundo extrañamiento, mezcla de obstinación ante el tiempo transcurrido y de inmediata resignación.

Ahora debo seguirte a paso de hombre. Incluso tengo que detener la marcha para no alcanzarte.

Ahora recuerdo tu modo hipnótico de andar en bicicleta: sos la persona que más lento puede pedalear sin que la bici se detenga y caiga.

Ahora pienso que eso es el colmo del equilibrio y creo que, en efecto, eras una maestra en regular. Hasta que te quebrabas.

Ahora que llegás a destino, reconozco la ruta.

Ahora entrás al mismo motel que nosotros solíamos visitar.

Ahora han dejado crecer el ficus que cubre tanto el portón de la cochera como la puerta principal, a efectos de la discreción. Las cámaras, apostadas a cada lado del portón, contradicen ese efecto.

Ahora debo estar atento a los hombres que llegan solos.

Ahora entiendo. En cualquier otra parte corren el riesgo de ser vistos. Un bar, un banco de plaza, el interior del auto. Incluso si se encontraran en un punto determinado de la ciudad y se dijeran «caminemos», cualquiera podría pensar que se trata de una cita.

Ahora, para incriminarlos por el hecho de entrar a un motel, deberían sorprenderlos en el instante mismo de poner un pie en el escalón de entrada. De lo contrario sos solamente alguien que pasa por la calle.

Ahora estás, ahora no.

Ahora entiendo: para él es un amor prohibido.

Aunque ahora pienso que a lo mejor reservaste una habitación para esperar sola el final, alejada de todo, como un último gesto de rebelión ante una vida que no salió como esperabas.

Pero ahora entiendo que eso es imposible, que hasta el último segundo estamos tratando de torcer esa fuerza ciega que todo el tiempo aleja a la vida de nuestro propio control.

Ahora lo veo llegar, en auto. Otros hombres entraron solos al motel pero sé que este es el hombre que viene a verte. Tu hombre.

Ahora me acuerdo: es el tipo de tu escuela.

Ahora me acuerdo mejor o, en todo caso, me acuerdo de algo más y cada cosa que recuerdo trae otra cosa a mi memoria.

Ahora pienso que el recuerdo reacciona en cadena, mucho más rápido y fluido que el pensamiento.

Ahora me digo que recuerdo y pensamiento, en un punto, son lo mismo.

Ahora me digo que lo mejor es volver al recuerdo de tu amigo y evitar todo desvío.

Ahora me acuerdo de que apareció un día por el museo, cuando vos y yo elegimos un día tranquilo, lejos de la inauguración, para despedirnos de la muestra.

Ahora me acuerdo de que me había causado una impresión anodina cuando nos presentaste, la de un hombre con ropa nueva pero que hubiera podido vestir su padre.

Ahora me acuerdo de su mujer, que pasó rápido a la tienda de regalos para mirar las postales y los objetos de diseño, y que nos espiaba desde ahí.

Ahora dejo de recordar, en parte porque lo recordado resulta suficiente para hacerme una idea del hombre al que me refiero, en parte porque hay movimiento en la vereda de enfrente y es necesario poner toda la atención en la escena.

Ahora entiendo que acabo de tocar el punto en que recuerdo y pensamiento son lo mismo.

Ahora veo que tu amigo sale del estacionamiento y se mete rápido en recepción, con el mentón pegado al pecho. Si vistiera un sobretodo, se agarraría los faldones con la puerta polarizada. Pero lleva una campera de *jean* forrada con piel de corderito que impide cualquier tipo de flotación provocada por la velocidad.

Ahora noto su cambio en la vestimenta, de aquella chomba con mocasines náuticos en el museo a este aspecto de marinero.

Ahora pienso o imagino que debió elegir especialmente la campera con corderito del estrecho espacio que le corresponde en el ropero.

Ahora entiendo. Con esa campera, él podría irse lejos, empezar de nuevo.

Ahora, y solamente ahora, tu hombre es exactamente el hombre que imaginaba, algún día, llegar a ser.

Ahora no entra nadie más. El motel parece un micro al que se ha subido el último pasajero.

Ahora cruzo la calle y me asomo.

Ahora el polarizado pierde su fuerza y es posible ver hacia adentro: la ventanilla iluminada de recepción.

Ahora puedo escuchar, por la luz que deja pasar la puerta de vidrio, el parlante de un celular que en lugar de transmitir cumbia transmite las noticias.

¿Cómo sé que se trata de un celular y no de una radio? Porque el celular era el mejor amigo de la recepcionista. Ahora me acuerdo.

Ahora me acuerdo de su nombre (Zulma) pero no de su cara. También me acuerdo de sus piernas vistas a través de la perforación en el vidrio, cruzadas siempre junto al pequeño televisor.

Ahora me acuerdo: contra sus rodillas desnudas, entraban y salían los autos.

Ahora me detengo, no empujo la puerta polarizada.

Ahora vuelvo, del otro lado de la calle, a mi puesto de vigilancia en el estacionamiento de las canchas de *paddle*, una planicie franca y constante que, si se parte, me traga.

Ahora veo pasar los pocos autos a una velocidad cada vez mayor, una velocidad, se diría, de ambulancia.

Ahora veo que, en la necesidad de no detener la marcha, los autos se suben a la vereda porque, según alcanzo a ver ahora, los cráteres se han tragado de bote a bote bloques enteros de la calle.

Ahora los árboles se desprenden de la tierra con el ruido de una inmensa puerta que se cierra.

¿Por qué esa puerta, que imita el ruido de los árboles al caer, se cierra y no se abre? Porque es el final y como en todo final están los que quedan adentro y los que quedan afuera.

Ahora te advierto una cosa, aunque sé que nunca abris estos mensajes: vas a encontrar al salir una ciudad distinta a la que dejaste atrás. Cabe la posibilidad de que no encuentres nada. La tierra para arriba, la ciudad para abajo.

Ahora cae el árbol del motel y se abraza con el árbol de la vereda de enfrente, y ahora el árbol de la vereda de enfrente parece consolarlo.

Ahora, como si sus raíces hubieran estado enlazadas por abajo de la calle, tiemblan los árboles de la cuadra.

Ahora que todo termina, debería felicitarme a mí mismo por no acceder a tener hijos.

Sin embargo, es ahora que entiendo mi error, ahora que un árbol caído abraza al que sigue en pie y ese árbol que lo recibe tiembla.

Ahora veo que sale todo el mundo del motel, son muchos y ninguno tiene cara de abandonar esta vida en paz, a pesar de haber hecho un último intento.

Ahora entiendo: en tiempos en que el mundo se dirige a su destrucción, es lógico que los moteles se llenen de mujeres y hombres con asuntos pendientes.

Ahora espero pero vos y tu amigo no salen.

Ahora cruzo la calle y ahora entro y descuelgo el teléfono de recepción.

Ahora marco el número 7, la habitación que solíamos elegir.

Ahora espero que me atiendas para escuchar tu voz por última vez pero atiende tu amigo.

Ahora le digo que la ciudad se termina de hundir. Que el Puente Colgante y los silos del puerto se vinieron abajo. No miento.

Ahora escucho a tu amigo que te lo dice.

Ahora escucho, de fondo, tu voz.

Salgamos a verlo, decís.

Ahora, antes de salir, los miro por la cámara que supervisa cada uno de los cuartos y entiendo que no se han tocado un pelo.

Ahora los veo perfectamente relajados, más allá de cualquier diferencia, más allá incluso de la diferencia del amor.

Ahora entiendo que es perfecto.

El final tiene que llegar ahora. Cualquier otra opción, incluida la de seguir vivos, significa una catástrofe.

Lunes: Zulma

Es lunes y hay que volver al trabajo, incluso después del fin del mundo. En lo que a ella toca, es lo mejor. Si Zulma debiera elegir un día para empezar de nuevo, elegiría el lunes; al fin y al cabo es el día designado para tal fin y de esa manera ha vivido cada uno de los lunes hasta acá, como un regreso al punto de partida. En este sentido, y por el hecho de sobrevivir a la catástrofe, puede sentirse afortunada.

Por lo demás, parece un día perfecto para volver a empezar: el derrumbe del paredón formado por edificios deshabitados permitió que el sol y el viento, que antes sobrevolaban la ciudad, barrieran otra vez las calles desde temprano. Las plantas de

balcón se irguieron, como si las llamaran por su nombre; las copas de los árboles quedaron iluminadas y a la vista, y los perros callejeros volvieron a los cafés a retozar al pie de los clientes, quienes a su vez se muestran inmunes al polvillo que va y viene por la calle. Por todos lados hay hombres pasando la motosierra, y las tropillas que viajan en moto (el único medio de movilidad habilitado hasta el momento) quedan cubiertas por el aserrín de los árboles fraccionados.

Todo esto alcanzó a ver Zulma de camino al trabajo a través de sus lentes oscuros y, para hacerlo, no se vio en la necesidad de bajar la vista ni una sola vez; si antes de la entrada del sol a la ciudad los lentes eran considerados un objeto decorativo, ahora Zulma podía usarlos de manera perfectamente justificada.

Esa mañana, al llegar al motel junto a la mucama y su jefe, imaginaban encontrarse con todo tipo de desmanes. Pero una vez adentro notaron con asombro que, más allá del desorden, nada había desaparecido del lugar: los televisores, las bebidas de la heladera, los vasos de cuarto y los vasos de baño, todo seguía ahí y, por más que tuviera la apariencia de haber sido usada por última vez, cada cosa estaba lista para el próximo uso.

—Revisá los videos. Capaz se nos escapó algo —ordenó el jefe, uno de esos hombres incapaces de creer en la bondad humana aunque se tratara del fin del mundo.

Zulma dijo que lo haría y el jefe se dispuso a irse antes de pasar el próximo minuto en el motel: al fin y al cabo, su otro trabajo era un trabajo decente.

—¿Trajiste la mini? —dijo mientras sostenía la puerta polarizada desde la manija de vidrio.

Zulma vestía calzas de *jean*, su ropa de limpiar, no su uniforme de recepcionista.

—Ponétela —ordenó el jefe, al mismo tiempo que se calzaba sus propios lentes oscuros.

Ella hubiese querido escuchar cualquier otra cosa, hasta hubiera admitido un comentario picante. Siempre que el jefe se daba vuelta para hablarle, ella esperaba que la tratara con ternura otra vez.

—Seguro —dijo Zulma cuando su jefe ya había quedado al otro lado de la puerta polarizada.

* * *

Según los cálculos de Mirta, la mucama, hoy el motel va a llenarse: hay que tener todo listo antes de la llegada del primer cliente. Zulma la ayuda completando cada tarea que Mirta deja por la mitad; siempre que se trata de trabajar con rapidez, la mucama necesita dos manos para lo que el resto del mundo hace con una.

—Tranquila, hoy no viene nadie —le dice Zulma, despegando sin ningún apuro un cigarrillo de la alfombra en la habitación 3.

—Pásame el fibrón —agrega, y pinta el agujero de bordó, con especial atención por los bordes quemados, pero sin descuidar tampoco la mínima porción de piso que está a la vista.

—Ya escuchaste lo que dijo el señor —dice Mirta. Ella, por su parte, está cargando el changuito de la lavandería con una bola de sábanas dobles—. Hoy puede ser un día largo.

—No creo que lo haya dicho por eso —dice Zulma—. Igual, no hay que hacerle tanto caso *al señor*.

Mirta se la queda mirando.

—No es porque lo diga el señor, solamente —dice Mirta—. Es lo más lógico, ¿no?

—Cómo sería lo más lógico.

Mirta pone a volar una sábana limpia desde un costado de la cama y Zulma, que terminó de revisar la alfombra y ahora está de pie, la recibe desde el otro.

—Los arrepentidos —dice Mirta—. Los que piensan que antes del terremoto no vinieron lo suficiente. Esos van a llenar el motel.

—No fue un terremoto.

—Para mí fue un terremoto —suelta Mirta—. Se me tumbaron las copas del mueble.

—Los arrepentidos estaban ayer —dice Zulma, y Mirta, que se ha puesto de espaldas para sacar del changuito la segunda sábana, suelta un no rápido y brusco: odia verse en la obligación de tener que sostener un argumento. Ella es de las que dicen las cosas una sola vez. O de las que dicen una sola cosa.

—Sí, Mirta. Los arrepentidos y los desesperados. Todos los infelices que quisieron una vida nueva al menos por un día. Esos vinieron ayer.

Zulma rodea la cama hasta el lado de Mirta para ajustar mejor las puntas a las esquinas del colchón. Pero la mucama se aleja sin mirarla: cambian lugares.

—¿Y quién va a venir hoy, entonces?

—Nadie —dice Zulma.

—Cómo nadie.

—Sí. La gente va a quedarse en sus casas, con sus hijos y sus maridos.

—También los infelices de ayer —suelta Mirta.

—También. Los infelices van a ser perdonados.

—Hoy somos todos buenos —dice Mirta.

Mientras Mirta pliega las sábanas a la altura de la cabecera, Zulma no deja de mirarla.

—Algo así —dice Zulma.

—Es el día de los buenos —le suelta Mirta.

—Yo diría que es el día del perdón.

En este punto Mirta la mira con una almohada en la mano.

—Vos ves muchas películas, nena.

Zulma no lo niega: el hecho de ver películas es su orgullo, por más que Mirta no se lo dijera en ese sentido.

—Acá la gente no va a dejar de venir —agrega Mirta—. Ni hoy ni nunca.

La mucama tira una almohada al lado de la otra y pega un cachetazo en el centro, el lugar de las cabezas. Con eso la habitación 3 queda lista.

—¿Vos qué hiciste ayer? —dice Zulma, poniéndose en el camino menos con el cuerpo que con la pregunta.

—Estuve con mis hijos, qué otra cosa voy a hacer.

Ahora que las tareas se han detenido queda solamente la conversación.

—¿Puedo pasar a la 4? —dice Mirta y saca el changuito al pasillo.

—Error —le suelta Zulma—. El día para estar con tu familia era hoy.

—Bueno —dice Mirta, que parece haber perdido la llave de la 4. ¿No se la habría llevado el jefe por error? A veces ocurría.

—Ayer estaba todo permitido —dice Zulma—. Tendrías que haber salido ayer.

—¿No ves que estoy tratando de trabajar, querida?

Zulma se queda un paso atrás y es como si retrocediera.

—Qué tanto te importa lo que hago —le dice la mucama, girando sobre sus talones—. ¿Vos qué hiciste, a ver? ¿Con quién estuviste vos?

—Sola —admite Zulma.

—¿Y en quién pensaste?

Zulma no responde.

—Yo sé en quién pensaste —dice Mirta.

* * *

Aparte de la heladera, el cuarto de lavandería, ubicado al frente del motel, está equipado con seis máquinas lavadoras tamaño industrial en filas de a tres, una sobre la otra; la fila de abajo tapa un trabajo incompleto de revoque sobre un arreglo de electricidad, mientras que la fila de arriba tapa la entrada de luz que llega desde la calle: por algún motivo, el jefe ha decidido que hasta la habitación de las lavadoras debe quedar en penumbras.

Este es el mundo de Zulma durante ocho horas al día, de jueves a martes: tanto la recepción como la lavandería, por estar al frente, le corresponden. Ahora está parada en el penúltimo escalón de la escalera de pie, subiendo toallas desde el changuito a las máquinas superiores. Abajo, el celular, en modo altavoz, reproduce parte de la lista de nombre *Viva* que Zulma armó en el colectivo de camino al motel. Al cabo de un par de cumbias, y en uno de sus viajes hasta abajo, ella decide apagarlo.

Al mismo tiempo que las máquinas de la fila superior entran en funcionamiento, ella debería llenar las lavadoras inferiores para que el peso las asiente y la habitación completa no se ponga a temblar. Pero es la hora en que, a esta altura del año, se filtra el único rayo de sol por el extremo izquierdo de la ventana flotante. Zulma saca su almuerzo de la heladera —una latita de energizante—, pone su banqueta en el rayo de luz y prende un cigarrillo.

* * *

Con las seis máquinas sonando a sus espaldas, Zulma arrastra su banqueta y se cruza al mostrador justo antes de que llegue la primera pareja del día: dos adolescentes con pinta de no haber estado nunca antes en esta situación. El mundo vuelve a la normalidad; hasta este punto (las tres de la tarde) tuvo razón Zulma, pero de acá en adelante las cosas serán como dijo Mirta, es decir, como han sido siempre.

Ellos no la ven a causa del efecto Gesell, pero el humor de la recepcionista puede percibirse por su silencio: atrás del vidrio Zulma no pone su cara amable, como siempre que los adolescentes se muestran demasiado nerviosos para ocultar su falta de pericia. Esta vez mira las llaves colgantes por debajo del mostrador y estira la 5. Es la última habitación que Mirta alcanzó a limpiar. Zulma los quiere tan lejos como sea posible.

* * *

Por lo general, lleva a su casa el CD con las tomas de la entrada al motel y lo repasa con tranquilidad en su computadora. En la mayoría de los casos, las imágenes no dicen demasiado, apenas el ir y venir anónimo de autos y motos, algunos de ellos saliendo a toda velocidad. Pero a veces las tomas dicen algo más: una mujer que sale con un ramo de flores, parejas que se dicen te amo antes de separarse en la puerta, algún atormentado que espera a la salida para comprobar que le han roto el corazón. En casos así, ella corta el tramo, abre la carpeta de nombre «Antología de motel» y pega ese momento junto a los demás.

Hoy, sin embargo, Zulma reproduce las tomas del día anterior en la misma tele que sirve para transmitir en directo; con eso el aparato dejará de grabar las entradas y, como consecuencia, recibirá un llamado de atención. Hasta es posible que le descuenten dinero de su paga. A ella no le importa. Hoy se siente lejos de todo y un poco desafiante.

* * *

La «Antología» empezará con las primeras visitas nocturnas de Fulano, así lo llama Zulma para evitar el más mínimo roce con aquel nombre. En las tomas es posible ver tanto su gesto de miedo y excitación (al fin y al cabo, aunque le perteneciera, solo visitaba el motel de mañana) como los distintos regalos que él trae en el asiento del acompañante: un kilo de helado, un pollo al espiedo con papas al horno, una botella de *champagne*.

Un caso claro de su ansiedad corresponde a la toma más antigua, la primera noche que pasaron juntos. No se ven regalos en el asiento del acompañante pero, para el caso, tampoco es posible distinguir forma alguna en el interior de la cabina: el auto, que ya era negro, entra a la cochera a toda velocidad y con las luces apagadas. Una toma central en la historia que dice muy poco en la pantalla.

* * *

A partir de entonces, y por orden de Fulano, ella cerraría el motel cada noche entre las doce y las dos de la mañana, por espacio de tres meses.

Por más que tuvieran un motel entero a su disposición, hubo veces en que ni siquiera usaron las habitaciones. Iban al cine o cenaban cualquier cosa que se pudiera meter en el auto. Si le preguntan, ella opina que esas salidas fueron lo mejor. Una noche simplemente pasearon por el centro. Él se detuvo cuando Zulma se paró a ver los celulares y también un par de cuadras después, cuando se puso a mirar las motos de baja cilindrada en la vidriera fría de la casa de motos. Esa noche, tanto cambiar el celular como comprar una econo parecían proyectos accesibles.

De vuelta, al momento de despedirse, el micrófono de la cámara alcanza a tomar un silencio: Fulano está a punto de decirle algo que finalmente no le dice. Una vez en la puerta, la cámara capta por segunda vez su vacilación: Fulano tiene un pie adentro, en el estacionamiento, y otro en la vereda. El semáforo de la esquina ha dado en verde, se ve un auto de fondo y después otro. Fulano sigue hacia afuera y sale del cuadro.

* * *

Es en el último silencio de Fulano que se detiene la película. Zulma necesita encontrar algo en las nuevas grabaciones, una conversación o incluso una frase, que le permita traducir aquel silencio. Allí la película terminará. Y el final de la película será el final de todo.

* * *

Con la alteración en las tensiones de electricidad, era posible que el CD no llegara a grabarse. Pero ni bien ella pone *play*, la imagen se abre en un auto compacto, el último en abandonar el motel.

Antes de seguir adelante, Zulma se pone cómoda: apaga las máquinas en la lavandería, se calza la mini y saca una nueva lata de energizante. Por otra parte, es el momento indicado para desaparecer de recepción; Mirta ha terminado con una nueva tanda de habitaciones y se acerca por el pasillo para traer las llaves. Zulma no quiere verla. No la ha perdonado todavía.

Una vez de vuelta en recepción, el compacto está en el mismo lugar. ¿Sería que la imagen estaba detenida? No, la grabación seguía su curso: unos segundos después de sentarse en su banqueta, Zulma puede ver cómo la chica baja del auto, vuelve a entrar en la cochera y sale del motel en su bicicleta. Al cabo de un rato, el auto termina de bajar la rampa y encara en la dirección contraria. Los temblores se han detenido. El mundo seguirá en pie.

Zulma rebobina la grabación sin detener la imagen. El compacto tarda en marchar hacia atrás, al interior de la cochera, incluso con la imagen volviendo a toda velocidad.

—Acá hay algo —dice Zulma en voz alta.

—¿Qué cosa es lo que hay? —dice Mirta, que en ese momento pasa por delante del vidrio con un bidón sin abrir, rebosante de un líquido color rosa.

—Nada —devuelve Zulma en seco.

Mirta mira aparatosamente por la perforación en el vidrio.

—Un tremendo par de gamboas, eso es lo que hay —dice, y se aleja por el pasillo.

Zulma, que ahora sonríe mordiéndose el labio inferior, detiene la imagen cuando el compacto aparece en la rampa, busca los auriculares en la mochila y pone *play*.

* * *

Antes de empezar con sus estudios, dice ella mirando hacia arriba, los suelos, la mera tierra que pisaba todos los días, eran motivo de inspiración. Pero una vez que empezó con las materias en la facultad entendió que las mareas y el orden de los cultivos dependía de lo que pasaba en el cielo.

La mayoría de las respuestas estaban en las estrellas.

* * *

Se escucha un crujido que viene desde afuera de la imagen y que arranca del ficus una nevisca de polvo: la estación de carga para colectivos interurbanos ha perdido los surtidores mientras, a esa misma altura, por la vereda de enfrente, una cancha de *paddle* se hunde hacia adentro.

Ella se estremece pero no deja de mirar el cielo.

Los nostálgicos van a tener que aceptarlo, dice él.

Qué cosa, dice ella.

Que ha llegado el fin del *paddle*.

Ella ríe y también lo hace Zulma frente al televisor.

Reclinada como está, la mujer de la grabación se vuelve en dirección al hombre del volante.

Contame algo vos, dice ella.

¿Algo como qué?

Algo para el final, dice ella.

* * *

La primera vez que dejé mi casa, me fui a vivir lejos, a una calle semipavimentada que no terminaba de integrarse a la ciudad. La gente tiraba su basura ahí todavía.

La casa era fría y tenía el baño al otro lado del patio, por lo que todas las noches me llevaba un balde a la habitación, para mear ahí sin necesidad de abrir la puerta.

Por supuesto, por cada cosa que me traía del súper pasaba un rato largo frente a las góndolas, comparando precios y calculando el total de la compra.

El jabón también era el más barato y, con el frío, se endurecía más rápido: no alcanzaba más que para dos o tres lavadas. Después de eso, yo llevaba el jabón a la cocina.

Entonces agarraba el pelapapas y pelaba el jabón hasta volver a encontrar su corazón espumoso.

Créditos

Antes de que José Sainz recibiera su versión y, con su lectura filosa y microscópica, terminara de poner las cosas en su lugar, Milton Secchi fue el primero en orientar la reescritura de este libro. Paola Lucantis hizo el resto.

Gracias a Diego Erlan, por su lectura luminosa y su generosidad.



FRANCISCO BITAR nació en Santa Fe, Argentina, en 1981. Es Licenciado en Letras y coordina talleres de escritura. Narrador, poeta y ensayista, ha publicado los poemarios: *Negativos* (2007), *El Olimpo* (2009), *Ropa vieja: la muerte de una estrella* (2011) y *The Volturmo Poems* (2015); los libros de relatos: *Luces de Navidad* (premio Alcides Greca, 2014) y *Acá había un río* (2015).

Con la crónica *Historia oral de la cerveza* (2015) se inició la publicación de la trilogía oral *El habla de la tribu*, que continuó en 2017 con *Mi nombre es Julio Emanuel Pasculli*. En el año 2012 obtuvo el premio Ciudad de Rosario por la novela corta *Tambor de arranque* y en 2017 el **segundo premio del Fondo Nacional de las Artes** por su libro de cuentos *Teoría y práctica*.